MARIANO GOLOBARDAS

250

El derecho del mal

DRAMA

en tres actos y en prosa, original

Copyright, by Mariano Golobardas, 1920

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1920

EL DERECHO DEL MAL

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL DERECHO DEL MAL

DRAMA

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

MARIANO GOLOBARDAS de la Torre

Ju

Estrenado en el TEATRO PARISIANA de Zaragoza el día 20 de febrero de 1920

MADRID
R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11 dup.
TELÉFONO M 551
1920

A Matilde Moreno,

con mi aplauso entusiasta y mi eterno reconocimiento,

El Autor

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ISABEL	Matilde Moreno.
MARQUESA	Consuelo Badillo.
LUCÍA	Pilar Menéndez.
ENRIQUE	Pedro Codina.
GUILLERMO	Rafael Calvo.
DOCTOR FRESNEDA	Rafael Ragel.
PADRE ANSELMO	Arturo Romero.
ANTONIO	Carlos Miralles.
CRIADO	Joaquín Más

Otro criado (sin frase) *y un par de doncellas*

La acción en un castillo señorial, situado en plena sierra.—Época actual

---

Derecha e izquierda, las del actor

PERSONAJES

Isabel (29 años).— Es una de tantas mujeres que llevan unido el sufrimiento a su belleza: la simpatía que irradia justifica la arrolladora pasión que despierta: la entereza de su carácter, y su voluntad, vencen en los más críticos momentos las vacilaciones de su corazón. Une al *chic* de la sencillez, la exquisita delicadeza de los seres superiores, y posee la energía indomable de las almas fuertes, que no se someten ni a esclavitudes humillantes, ni a las presiones de la opinión ajena.

Marquesa (56 años).—En su porte y ademán, muestra el orgullo de su rancio abolengo; sin dejar de ser por ello, afable en su trato. Únicamente la suprema razón de la salud de Enrique, puede hacerle susceptible a transigencias circunstanciales contrarias a sus convicciones. Es celosa de todo lo que, a su juicio, puede restarle afectos del hijo a quien adora. De arraigadas creencias religiosas, ajusta a ellas su actitud al surgir el conflicto.

Lucía (30 años).—Fiel a la casa en que presta sus servicios, muéstrase siempre discreta.

Enrique (35 años).—Su energía viril y su orgullo de raza, aparecen dominados en el primer acto por los progresos de una cruel enfermedad adquirida en pasadas épocas de orgía. No es un hombre constantemente dominado por los nervios; es el hombre concentrado en sí mismo, de hosca mirada y de hablar pausado; es el vencido que se entrega, y a quien sacude circunstancialmente un estremecimiento que le avergüenza. A la excitación momentánea, sucede rápidamente un profundo abatimiento.

En el segundo acto, casi vencido el mal, se nos presenta señoril y enamorado, y aunque los vestigios de su enfermedad le llevan al desfallecimiento en ciertos momentos, muestra en general su energía y entereza.

En el tercer acto se nos presenta indomable; alterados sus nervios por la impresión sufrida, amaga violenta y amenazadora la cruel dolencia: lucha varonilmente contra todos y contra todos los obstáculos que se oponen a su dicha; mas, al estrellarse sus esfuerzos contra lo imposible, sucumbe al zarpazo de la enfermedad que, al dominarle de nuevo, trastorna su razón.

Guillermo (32 años).—Hombre cínico y libertino: posee ese barniz social que da cierto desenfado, y hace posible la convivencia con esa clase de seres en sociedad.

El ver a Isabel enamorada de Enrique, hiere su amor propio, y al humillarse taimadamente para conseguir el apoyo de los que le rodean, solo persigue dar satisfacción a su orgullo.

Doctor Fresneda (50 años).—Oculta bajo su amable sencillez la cazurrería propia del hombre que ha vivido mucho. Amante de su profesión, intencionado en sus palabras y de corazón joven.

Padre Anselmo.—De edad indefinida: grave y bondadoso. Antiguo capellán de la casa, toma parte activa en todo cuanto afecta a la misma.

En su actitud y en sus consejos, se observa la tenacidad inherente al ejercicio de su ministerio.

Antonio (25 años).—Es un administrador leal y adicto.

Criado.—Uno de tantos criados.

ACTO PRIMERO

Lujoso salón de familia en una antigua mansión señorial en pleno campo. En el foro, a la izquierda, gran puerta (practicable); da acceso a salón de segundo término, y a la derecha, rompimiento esquinado (practicable también), que da acceso a balconera con cristales, avanzando al foro. Forillo, montes.

En lateral izquierda doble puerta de estilo (practicables).

En lateral derecha una puerta, practicable también.

Pesado cortinón que oculta la balconada de cristales del foro (recogido a un lado al empezar el acto).

Sillones, mesitas auxiliares, tapices, lámparas, alfombras, etcétera, etc ; todo cuanto contribuya al severo y lujoso ornato de la escena.

En el ángulo (derecha), entre rompimiento y puerta del foro, mueblecito que al abrirse dejará ver una imagen de la Virgen, y un candelabro a sus pies. Son las diez de la noche.

—

(En escena PADRE ANSELMO, paseando a lo largo del lateral derecha, leyendo un libro de oraciones. Muy de tarde en tarde un tenue resplandor de relampaguco (visible por la balconada), anuncia lejana tormenta. En seguida, ANTONIO (por segunda izquierda), se dirige al foro, oprime el pulsador de un timbre colocado junto al arco de la puerta, y yendo al encuentro del Padre Anselmo.)

ANT. ¿Quiere usted algo para la Malconera, Padre?

P. ANS. ¿A estas horas y con este tiempo?

ANT. Lo ha dispuesto así la señora Marquesa. Según noticias andan algo revueltos los obreros del campo, y no hay tiempo que perder. Conviene que me amanezca allí.

P. ANS. Comprendo...

ANT. Además, urge hacer habitable la granja próxima del Guadalin, pues según me indicó el señor marqués, piensa pasar en ella una larga temporada este verano, en compañía de un amigo, a quien espera.

P. ANS. Siendo así... ¡qué remedio!... que el trotón no desmienta su fama y que Dios le proteja, Antonio.

(Entra por el foro un CRIADO.)

ANT. (Al Criado.) ¿Ensillaron el caballo?

CRIADO Sí, señor. Lázaro está aguardando.

ANT. Bien. Dile a la señora Marquesa que espero sus órdenes.

(Criado hace mutis por derecha. El Padre Anselmo, que fué hacia la balconada del foro, durante las anteriores frases, observando el campo:)

P. ANS. Viento norte y relámpagos por la parte de las canteras; le auguro a usted una mojadura de las de órdago.

ANT. Son siete kilómetros nada más...

P. ANS. Ya bastan, ya... si tuviera usted mi reuma, le parecerían setecientos.

(Entra la MARQUESA por derecha. Antonio se inclina respetuoso. El Padre Anselmo, abriendo su libro de oraciones, gana escena a la izquierda lentamente. El Criado que precedió a la señora, abriendo la puerta a su paso, hará mutis por foro.)

ANT. Señora...

MARQ. ¿Va usted a ponerse en camino?

ANT. Estoy a sus órdenes, señora.

MARQ. Lamento que las circunstancias hagan necesario a estas horas un viaje imprevisto, pero ya comprenderá que es indispensable. Permanezca usted en la Malconera el tiempo necesario para pagar y tranquilizar a la gente, y respecto a la granja del Guadalin, ya conoce usted los proyectos de Enrique: ordene que empiecen las obras inmediatamente.

ANT. Así se hará.

MARQ. En usted confío. (Dirigiéndose al Padre Anselmo.) Mal tiempo, Padre.

P. ANS. Malo, muy malo. De él estábamos hablando.

(La Marquesa tiende la mano a Antonio, que éste besa respetuosamente. Se oyen lejanas las campanas de un pueblo vecino.)

ANT. Señora...

P. ANS. Cuidado con el agua, Antonio. Las campanas del Salvar la anuncian, y esas campanas son de mal agüero.

ANT. No tema usted, Padre; el agua y yo, nos conocemos ya.

P. ANS. Adiós. (Mutis de Antonio por foro. A la Marquesa.) ¿Y el señor marqués?... ¿Está más tranquilo?

MARQ. Al parecer, sí lo está. (La Marquesa se sienta.) En estos ratos que pasa al lado del Doctor Fresneda, náda temo... mas, luego... por las noches... cuando queda solo... (Suspirando.) ¡Son tan frecuentes en él esas malditas crisis!...

P. ANS. Con paciencia y con la ayuda de Dios, llegarán a dominarse.

MARQ. ¡Ojalá!

P. ANS En mi humilde entender, es la distracción el mejor remedio para esta clase de enfermedades... Ya verá la señora Marquesa cómo se mejora en cuanto vuelva de nuevo a sus cacerías... a sus paseos a caballo... Yo confío mucho en la compañía de ese amigo, que vendrá de temporada en el próximo mes.

MARQ. Sólo por creerlo así, me resigno a acceder a ese capricho.

P. ANS. ¿Y por qué?

MARQ. Porque no es de mi agrado alojar en mi casa a un libertino... a un hombre de ancha conciencia.

P. ANS ¡Quién sabe!...

MARQ. ¡Oh .. no lo dude usted, Padre! Un desconocido para mí... importado del extranjero... un amigo íntimo de mi hijo, sólo puede ser un antiguo explotador de sus constantes despilfarros... un compañero de correrías... de esas malditas correrías que todos lamentamos, y cuyas consecuencias sufrimos. (Entra por la derecha el DOCTOR FRESNEDA. Viste un anticuado traje de chaquet; lleva en una mano el sombrero y en la otra un paraguas. La Marquesa, poniéndose en pie.) ¿Se va usted, Doctor?

DOCTOR Sí, señora Marquesa. El marqués y yo, hemos terminado nuestra cotidiana partidita. Van a dar las diez y la galera estará al llegar; no está el tiempo para perder el carromato, y aventurarse a pie por esos andurriales.

MARQ. Ya sabe usted que esta es su casa, y que con gusto le alojaríamos esta noche.

DOCTOR No lo dudo y lo agradezco; pero el deber es sagrado y puedo hacer falta en mi villorrio. (El sonido lejano de las campanas se irá amortiguando lentamente hasta que dejen de oirse.)

P. ANS ¿Qué tal deja usted a nuestro enfermo?

DOCTOR Algo excitado, pero no tiene nada de particular; el tiempo anda revuelto, y en esta clase de enfermedades, los agentes atmosféricos ejercen una influencia innegable.

MARQ. Pronto vendrán días mejores, y aquí, al lado de los suyos, se repondrá fácilmente. ¿No lo cree usted así?

DOCTOR Sí... sí. No fué mala idea escoger este rincón del mundo para templar esos nervios, pero al lado de la familia, y en las propias fincas, no es posible sustraerse en absoluto a mil y mil preocupaciones que en nada nos favorecen. Si la señora Marquesa siguiera mi consejo, ya estaría Enrique...

MARQ. No... no siga. Nada de sanatorios, Doctor.

DOCTOR Ya sabe usted que en esta opinión han coincidido todos mis compañeros.

(Lejano sonar de cascabeles, que se irá haciendo más perceptible y que cesará al final de la frase siguiente:)

MARQ. Pero ha faltado mi asentimieuto. Con la debida asistencia, la enfermedad de Enrique pasará sin acudir a esos extremos. Esa separación sería una crueldad... Sólo la idea me trastorna y... (Oh, no!)

(El Padre Anselmo, que fué anteriormente a la balconada vuelve al encuentro del Doctor.)

P. ANS. Ya llegó la galera.

DOCTOR Bueno... bueno... ¡Que le vamos a hacer! A mí me corresponde aconsejar, y a ustedes decidir... En fin, con su permiso me retiro.

MARQ. Decididamente... no quiere usted quedarse.

DOCTOR Me es imposible... Muchas gracias. (Besando la mano que le tiende la Marquesa.) Buenas noches, Padre. (Estrechando su mano.)

P. ANS Buenas y mejores que ésta nos las dé Dios.

(Aparece por el foro un CRIADO, llevando una bandeja en sus manos y en ella una tarjeta.)

CRIADO Señora Marquesa...

MARQ. ¿Qué hay? (Mirando la tarjeta.) ¡Ah, ya! (A los otros.) Es mi nueva señorita de compañía.

Dígale que suba. (Vase el Criado por el foro.) Francamente, con este tiempo, no la esperaba hoy.

P. ANS. Lo creo.

DOCTOR ¿Es joven?

MARQ. Pronto lo sabremos. (Riéndose y dirigiéndose al Padre Anselmo.) ¡Qué curioso es el Doctor!

DOCTOR Perdóneme si...

MARQ. ¡Oh, no! Lo que siento es no poderle dar más detalles, pues no la conozco. Ya comprenderá usted que encontrar una persona dispuesta a enterrarse en vida en este desierto, no es cosa fácil.

P. ANS. En esta ocasión, la señora Marquesa ha tenido que resignarse a aceptar como buenos, los informes de una agencia.

MARQ. Cierto.

(Entra nuevamente por el foro el CRIADO, que se inclinará respetuosamente al paso de ISABEL, y hace mutis luego. Detrás de Isabel, una camarera (LUCIA), que quedará junto al foro. Isabel, desconcertada al ver a los presentes, se detiene y dice tímidamente:)

ISABEL ¿La señora Marquesa del Cantera!?

MARQ. (Va a su encuentro.) Soy yo, señorita. (Quedan hablando junto al foro.)

DOCTOR (Abrochándose el chaquet y en una explosión de entusiasmo, ganando escena a la derecha.) (¡Caracoles!)

P. ANS. ¿Qué le ocurre a usted, Doctor?

DOCTOR ¡Hombre, francamente, a usted es difícil explicárselo! Sólo puedo asegurarle que al ver así... ¡de pronto! a esta criatura, me está pesando no haber aceptado el alojamiento que se me ofreció.

P. ANS ¡Válgame Dios!... Siempre el mismo... (Se persigna ceremoniosamente.)

MARQ. (Presentando a Isabel.) La señorita Isabel Eguior, a quien esperaba, y que queda a mi servicio. El Padre Anselmo, capellán de la casa.

ISABEL (Besando la mano al Padre Anselmo.) Padre.

MARQ. El Doctor Fresneda, médico del vecino pueblo del Salvar.

ISABEL Caballero.

(El médico, que ha seguido con complacencia toda la escena, se inclina ceremonioso dirigiéndole una sonrisa.)

DOCTOR Beso sus pies, señorita.

P. ANS. (Con retintín.) Doctor... Que la galera está esperando.

DOCTOR Es verdad .. Se me había olvidado. En fin; buenas noches y hasta mañana.

MARQ Hágame el favor, Padre. Adiós, Doctor. (Vase el Doctor por el foro acompañado del Padre Anselmo.)

MARQ. Ya ve usted, no somos muchos; sólo le falta conocer a mi hijo Enrique, y nos conocerá usted a todos.—Lucía.

LUCÍA Mande, señora Marquesa.

MARQ. He dispuesto para la señorita el cuarto de los damascos rojos. (Mutis de Lucía por primera izquierda.) Debe usted estar muy cansada, ¿verdad? El trayecto de Medina hasta aquí es terrible, y con tan mal tiempo peor.

ISABEL No lo ignoraba, pero como prometí en mi carta presentarme hoy a la señora Marquesa...

MARQ. No era tan urgente.

ISABEL Por si acaso hice un esfuerzo, aunque el estado de debilidad en que me encuentro a causa de una enfermedad reciente, me ha hecho pasar un mal rato.

MARQ. (Va a sentarse a la derecha.) Agradezco su interés y sentiría haberle causado un perjuicio... Ya comprenderá que en tales circunstancias hubiera disculpado su retraso.

ISABEL Gracias, señora.

MARQ. Siéntese, hija mía, siéntese. (Isabel se sienta a la izquierda. La Marquesa le enfila sus impertinentes, haciéndola objeto de un detenido examen.) Verdaramente está usted algo pálida, mas aquí se repondrá fácilmente. Esto es muy sano.

ISABEL El campo me sienta muy bien, señora.

MARQ. Así lo creo. (Insistiendo en su observación.) ¡Oh!... Lo que no supuse es que fuera usted tan joven.

ISABEL Es mi aspecto, señora Marquesa; voy a cumplir treinta años.

MARQ. (Sonriendo.) Pocos son... Es usted una niña.

ISABEL Siento que mi edad no le satisfaga a la señora.

MARQ. ¡Oh, al contrario! Precisamente lo que hace falta en esta casa es juventud; una persona que traiga dentro de sí esa natural alegría que a todos nos falta. Me veo muy sola. Mi hijo, el pobre, ya no es un muchacho. El Padre Anselmo, a quien acaba usted de conocer, dejó atrás los cincuenta; y en cuanto

a mí, a la vista está. Además, los informes que la agencia me facilitó, y los que tuvo la amabilidad de darme el dueño de la casa en que usted vivía, son inmejorables; y aunque no me hubiese tomado la molestia de pedirlos, me hubiera bastado verla para darme por muy satisfecha.

ISABEL Es usted muy amable.

MARQ. Digo la verdad. Le he destinado a usted un cuarto y un saloncito, que antes formaban parte de mis habitaciones particulares. He querido tenerla cerca de mí; paso malas noches y no me gusta verme sola. Si algo le faltase, me lo dice con toda sinceridad. Mi deseo es que esté usted aquí, como en su casa.

ISABEL ¿Cómo agradecerle?...

MARQ. Es mi deber, señorita. (Poniéndose en pie. Isabel hace lo propio.) En fin. Ya que definitivamente queda usted a mi servicio, permítame que antes de separarnos le dirija algunas preguntas. No es por querer saber; eso no: es por el natural interés que usted me inspira.

ISABEL Usted dirá, señora.

MARQ. ¿Tiene usted treinta años, verdad?

ISABEL Los cumplo dentro de dos meses.

MARQ. Veintinueve todavía... es igual. Según tengo entendido es usted del Norte.

ISABEL Nací en la provincia de Santander.

MARQ. ¿Montañesa?

ISABEL Sí, señora, pero me eduqué en Madrid.

MARQ. Según mis informes, su madre francesa y su padre asturiano, ¿verdad?

(Aparece por la derecha ENRIQUE, algo deshecho en su indumentaria y taciturno. Queda junto al lateral observando a Isabel. De momento nadie se apercibe de su presencia. Isabel se desconcierta al dirigirle la Marquesa la anterior pregunta y contesta tímidamente.)

ISABEL Sí.

MARQ. ¿Viven? (Isabel la mira angustiosa y no puede reprimir una lágrima, que se apresura a enjugar disimuladamente con su pañuelo.) Tal vez ha sido una imprudencia mía empezar a destiempo un interrogatorio inoportuno. Comprendo que sin querer, puede que haya abierto una herida reciente. (Enrique cruza la escena con dirección al foro. Al oir sus pasos se vuelve la Marquesa.) Enrique.

ENR. (Secamente.) ¡Qué!

MARQ. Ven, hijo mío... acércate. Quiero presentarte a mi nueva señorita de compañía, Isabel (Dudando.) Eguior... ¿No es así?

ISABEL Así es, señora.

MARQ. Mi hijo.

(Enrique hace una severa inclinación de cabeza. Desde su salida, Enrique, nervioso por la tormenta, dirige frecuentes miradas a la balconada, procurando disimular el terror que le inspira el resplandor de los relámpagos.)

ENR Siento haberles interrumpido.

(Un relámpago más intenso le estremece. Pasa su mano por la frente y mira a los presentes con extravío.)

MARQ. ¡Por Dios, Enrique!... Perdónele usted, señorita, es muy nervioso.

ENR. Sí, nervioso... muy nervioso: tiene razón mi madre. Cometí la torpeza de salir de mis habitaciones, sin tener en cuenta que los hombres como yo, no debemos presentarnos nunca delante de nadie. Nuestra presencia sólo provoca risa o lástima. No sé cual de las dos cosas, resulta más desagradable, señorita.

MARQ. Ni risa, ni lástima, hijo mío. No tienes motivo para hablar así.

ENR. Te suplico que no me hagas reflexiones. Con ellas o sin ellas, no puedo luchar contra eso que puede más que yo, que me estremece, y que me pone en ridículo: evítame tan siquiera el bochorno de que esta señorita pueda, con sobrada razón, reirse de mí, después de cuanto ha visto.

MARQ. Discúlpele usted.

ISABEL ¡Oh, señora! Nada tengo que disculparle.

ENR. (Irónico.) Gracias... muchas gracias... pero ya ve usted. Si todos se ríen de mí... ¡todos!... que más da.

MARQ. ¡Enrique!

ENR. Perdone usted, señorita. (Vase hacia el foro.)

MARQ. (Haciendo ademán de ir hacia él.) ¿A dónde vas?

ENR. Déjame, madre. Voy al piso bajo, a la administración. No te molestes en acompañarme porque puedo ir solo. ¡Quiero ir solo!

(Dirige desde la puerta del foro una mirada a Isabel y hace mutis. La Marquesa le ve partir y queda desconcertada. Sale LUCIA por la izquierda y tras breve pausa.)

LUCÍA — La señorita tiene preparada su habitación. Si me lo permite daré aviso para que se le suba el equipaje.

MARQ. — Vaya, hija mía. Dentro de poco se le llamará. Tomaremos el té aquí juntos y rezaremos el rosario antes de acostarnos. Es la costumbre de la casa (Hace mutis por derecha. En seguida Lucía lo inicia por el foro, pero Isabel la detiene, diciendo:)

ISABEL — Oiga.

LUCÍA — ¿Tiene algo que ordenar la señorita?

ISABEL — No. (Dudando.) Quisiera hacerle una pregunta. No sé si será indiscreción; pero como acabo de llegar y sentiría que inconscientemente pudiese molestar a la señora o a alguien de la casa..., quisiera preguntarle... Dígame. ¿El señor marqués... está enfermo?

LUCÍA — Comprendo. Su manera de ser le ha parecido a usted algo rara...

ISABEL — Verdaderamente. Su brusquedad y su actitud me han sorprendido.

LUCÍA — No se ha equivocado usted, señorita. Está enfermo... muy enfermo. Los mejores médicos de Madrid han desfilado por esta casa; le recetan muchas cosas... muchas, pero no aciertan.

ISABEL — ¿Qué es lo que tiene?

LUCÍA — No sé. Manías. A veces se pone como loco. Un perro que ladre, un labriego que cante, una puerta que golpee... todo... el más pequeño detalle le desespera. Crea usted que es mucha desgracia la del señor marqués. Los médicos le recomiendan aire puro, mucho alimento y ejercicio; pero en los días que llevamos en este castillo, el señorito no ha querido salir al campo, apenas come, y en cuanto a mejorar, juraría que está más excitado desde que aquí llegamos.

ISABEL — ¡Pobre madre. (Un relámpago muy intenso y un trueno intenso.) ¡Jesús, María y José! (Santiguándose.)

LUCÍA — ¡Qué horror! Cuando por estos montes se desencadena la tormenta, parece que se abren los infiernos. (Se oye un timbre.) Con permiso de la señorita.

(Lucía hace mutis por derecha. Isabel inicia el mutis por la izquierda, pero se detiene al oir los gritos de Enrique.)

ENR. (Entre cajas.) ¡Cerrad!... ¡Pronto!... ¡Cerradlo todo! (Isabel queda junto a lateral izquierda, mirando con terror al foro, por donde entra Enrique demudado, deteniéndose junto al mismo. Se oye fuerte ruido de lluvia.) ¿Oye usted? ¡Oh, qué horror! (Oculta el rostro entre sus manos. Isabel, desconcertada, hace intención de retirarse.) ¡No! No se vaya... se lo ruego. No podría estar solo. (Yendo a apoyarse en el respaldo de un sillón.) ¡Por piedad! Quédese.

ISABEL (Cruza la escena por detrás de Enrique, mientras éste se sienta abatido, y acercándose a lateral derecha y abriendo la puerta, dice:) Señora Marquesa...

ENR. No llame a nadie, señorita... se lo suplico... Ya vendrán a buscarme, ¡ya vendrán con sus caras de lástima!, y el desprecio y la risa en el alma. (Isabel viene lentamente hacia Enrique, deteniéndose junto a él. Enrique, levantando la cabeza, la observa.) No tema. Le infundo miedo... ¿verdad? Lo leo en sus ojos... lo comprendo. (Aparte.) ¡Es mi destino! ¡¡Es horrible!!

ISABEL Tranquilícese, señor. No se preocupe de la impresión que en mí puedan producir sus palabras. Es de usted... sólo de usted de quien debe preocuparse. Todas sus energías y todos sus pensamientos, deben concentrarse en la imperiosa necesidad de dominar esas preocupaciones. Créame. Es imperdonable que se abandone usted de este modo.

ENR. Lo sé, pero... no puedo remediarlo. Me faltan las fuerzas; me falta valor. Cuando se lleva dentro ese enemigo formidable que atenaza nuestros nervios, que anula la voluntad, que nos deshace, que nos vence... ¿Qué podemos hacer los infelices que no arrastramos por la vida mas que la mísera armazón enferma?

ISABEL Resistir.

ENR. Imposible.

ISABEL Nada hay imposible.

ENR. No lo crea. Es mi destino caer estúpidamente en ese algo, más espantoso que la muerte misma. Ese algo que es para los otros, para quien no nos comprende, un ridículo vulgar que les hace reir y despreciar nuestra desesperación. (Un nuevo relámpago le pone nerviosamente en pie. Mira con terror en dirección a la balconada.)

ISABEL ¡Marqués!

ENR. ¡Perdón! No lo puedo remediar, pero esos relampagos, (Excitándose.) esos infernales estremecimientos de la naturaleza, hacen surgir del fondo de mi ser no sé qué espanto... qué necio horror que me trastorna... que me enloquece... (Antes de terminar la frase, Isabel se dirige al rompimiento y corre el cortinón que ocultará la balconada.) ¡Gracias, gracias! (Cae nuevamente en su asiento.)

ISABEL (Volviendo al proscenio.) ¿Está usted mejor así? (Enrique hace con la cabeza un ademán afirmativo.) Haga un esfuerzo... serénese.

ENR. (Con desaliento.) ¡Es inútil!

ISABEL (Con dulzura.) Piense que a ese enemigo que lleva usted dentro de sí, se lo combate fácilmente con un varonil esfuerzo de voluntad.

ENR. No siempre.

ISABEL Siempre. A un hombre como usted no le pueden faltar alma... y voluntad. (Enrique, levantando la cabeza, la mira. Isabel calla e insiste luego tímidamente.) Si quiere tenerla.

ENR. (Maquinalmente.) Si quiere tenerla...

(Pausa corta.)

ISABEL (Avergonzada.) Disculpe mi atrevimiento al insistir.

ENR. Nada tengo que disculpar. Al contrario... Me hacen mucho bien sus palabras. (La mira con interés creciente.)

ISABEL ¡Oh, no! Nada soy y nada valgo. Perdone usted que casi sin conocernos me haya atrevido a darle un consejo, pero es una triste experiencia la que habla por mis labios. Yo también he sufrido mucho... También al igual que usted, mis nervios se rindieron en cierta ocasión; creí volverme loca, pero la vida llamó a mi puerta; quise vivir, y curé: curé, precisamente... porque quise.

ENR Luego... ¿Usted no se reirá de mí? ¿Usted sabrá compadecerme?

ISABEL Sí. Le compadezco.

ENR. ¡Qué buena es usted!

ISABEL Adivinar es. Poco hice para merecer este concepto.

ENR. ¿Usted lo cree así?

ISABEL Decir lo que uno siente y compadecer al que sufre, no es ser bueno, es ser humano. Crea que nadie mejor que yo puede adivi-

nar sus sufrimientos, pero con todo y ser muchos... es tan sencillo el remedio...

ENR. Sí, sí. Tiene usted razón. ¡Yo también quiero curar! ¡Quiero... ser fuerte! ¡Quiero vivir! (Se pone en pie. Antes de terminar la frase ha entrado la MARQUESA por el foro, deteniéndose junto al mismo. Un trueno retumba nuevamente. Enrique se estremece, y apoyándose en el brazo del sillón dice con desfallecimiento.) No puedo...

ISABEL (Despectivamente.) ¡Oh! ¡Es una cobardía dejarse aniquilar de ese modo.
(Enrique la mira con verdadera angustia.)

MARQ. (Avanzando severa, dice secamente.) ¡Señorita! (Isabel baja humildemente la mirada. La Marquesa se dirige a Enrique que, desconcertado, oye las anteriores palabras.) ¿Te encuentras mal, verdad? ¡Pobrecillo! Esa maldita tormenta te ha trastornado.

P. ANS. (Entrando por el foro.) Qué susto nos dió el señor marqués. Le creímos en el piso bajo y nos hemos vuelto locos buscándole.

MARQ. Yo bajé por la escalerilla del oratorio creyendo encontrarle. (Mirando severa a Isabel.) Nunca supuse que te hubieras refugiado aquí.

P. ANS. (Yendo al encuentro de Isabel.) Tengo la seguridad de que esos dos rayos cayeron en las viñas. ¿Se ha asustado usted, señorita?

ISABEL No, padre. ¿Acaso el temor los detiene?

P. ANS. Cierto.

MARQ. También puede, *esa carencia de temor*, ser debida a *nuestra pequeñez*... Que el valor y el valer no siempre fueron hermanos.

ISABEL (Azorada.) Disculpe mis palabras si pudieron molestarle, señora.

ENR. (Con energía.) ¡No! Dijo usted la verdad. (A la Marquesa.) Tiene razón.
(Pausa corta.)

CRIADO (Por el foro con un lío de mantas y una maleta en las manos.) El equipaje de la señorita.

MARQ. (Secamente.) Puede dejarlo en la habitación que se le designó.

ISABEL (Humildemente.) Con permiso de la señora Marquesa. (Vase por la izquierda seguida del criado. Enrique la ve marchar y va hasta el lateral, desde donde la sigue con la mirada. El Padre Anselmo observa todos sus movimientos, y luego mira con intención a la Marquesa.)

MARQ. ¿Qué piensa usted?

P. ANS. Hasta ahora, nada. Observo nada más.

ENR. (Al volverse, dirige una altiva mirada a su madre.) Has sido injusta, madre.

MARQ. No hice mas que cumplir con un deber. Los que entran a mi servicio no deben nunca olvidar que son servidores nada más.

ENR. (Con ironía.) ¿Acaso desconfías también de tu nueva señorita de compañía?

MARQ. No tengo motivos para desconfiar; mas, sí los tuve, y sobrados, para reprenderla.

ENR. ¿Oye usted, Padre?

P. ANS. (Vacilando antes de contestar.) Permítame el señor marqués que continúe mis rezos. (Sigue paseando a lo largo del foro leyendo su libro de oraciones.)

ENR. ¡Siempre lo mismo! Todos contra mí.

MARQ. ¿Qué estás diciendo, Enrique?

ENR. La verdad. Eres intransigente, madre. En tu actitud con esa señorita, he adivinado ya una sorda hostilidad. (Irónico.) Seguramente consideras insuficientes sus informes, y te basta un detalle, que juzgas imprudente, para formar de ella un triste juicio.

MARQ. No hay tal.

ENR. Sí; (Exaltándose.) y entiéndelo, madre... esa señorita no me hizo ningún mal con su desplante; al contrario, me hizo bien... mucho bien.

MARQ. Te aseguro que no tengo por ella la menor prevención.

ENR. La tienes... la tienes por ella y por todo cuanto pueda serme agradable. Quieres disimular, pero no puedes, no sabes... ¿Crees, acaso, que no he comprendido también cuánto te disgusta que pretenda traer unos días a mi lado a un antiguo amigo? ¿Por qué queréis aislarme de todo y de todos? ¡Oh! ¡Es desesperante! (Da unos pasos nervioso y deteniéndose de pronto.) ¿Dónde está Antonio? Necesito verle; quiero que mañana, en cuanto despeje, vaya al Salvar y telegrafíe a Guillermo reiterándole la invitación que le hice.

P. ANS. Antonio se fué a la Malconera.

ENR. ¿Cuándo?

MARQ. Esta noche.

ENR. (Con terror.) ¡Esta noche!

P. ANS. Era preciso.

MARQ. Yo no supuse que la tormenta llegase a...

ENR. (Cortando la frase.) ¡Calla! ¡Calla! (Reflejando el terror que siente.) Sólo pensarlo me estremece... ¿Tenéis, acaso, idea de lo que son esos abismos! (Excitándose por momentos y dando a su expresión el sentido de la perturbación que se apodera de él.) ¡Si fuera locura, en noche clara, alejarse a cien metros de nuestras puertas... qué peligros no aguardan al paso del que se aventure a tal viaje!..

P. ANS. (Se dirige hacia él con sobresalto.) ¡Marqués!

(Se oye un fuerte ruido de lluvia.)

ENR. ¿Oís? ¡Hoy es noche maldita! De aquí al Salvar hay que cruzar el torrente... ¡Torrente que todo lo arrastra!... ¡Qué horror! ¡Qué horror! (Sentándose a la izquierda en un sillón, queda profundamente abatido.)

MARQ. (Yendo a él llena de angustia.) ¡Enrique!

ENR. Dejadme, dejadme

(Dos CRIADOS que entran por foro reúnen mesitas en el ángulo derecha y van colocando en ellas un lujoso servicio de té.)

P. ANS. (Acercándose a él.) Dios es bueno, señor marqués. El guiará sus pasos. El es quien tiene en sus manos nuestros destinos. Pidámosle conformidad y serenidad para acatar sus designios sin precipitación, con calma, señor marqués, con mucha calma.

MARQ. Ten piedad de mí, hijo mío.

ENR. (Con fatiga.) Sí... sí... (*Es una cobardía* dejarse aniquilar de *ese modo.* Quiero tener voluntad... ¡Quiero vivir!) (Queda, extraviada la mirada, nervioso durante unos instantes.)

(El Padre Anselmo cambia con la Marquesa una mirada de compasión.)

CRIADO (Avanza al proscenio respetuosamente.) La señora Marquesa está servida.

MARQ. Avise a la señorita Isabel. (Criado vase por primera izquierda, volviendo a los pocos instantes seguido de Isabel.) Vamos, Padre... ¿No vienes, Enrique?

ENR. No. Estoy bien aquí.

(Padre Anselmo se sienta a la mesa y la Marquesa le sirve.)

ISABEL (Sale por primera izquierda,) ¿Llamaba usted, señora?

MARQ. Sí, siéntese, señorita.

(Isabel toma asiento junto al Padre Anselmo.)

P. ANS. ¿Ya se instaló usted?

ISABEL Es una hermosa habitación.

P. ANS. Si despeja mañana, tendrá usted ocasión de contemplar desde sus balcones el más bello panorama de la comarca.

MARQ. (Sirviendo a Isabel.) ¿Qué prefiere usted, mermelada o fiambre?

ISABEL Muchas gracias. No lo tome usted a mal, señora. Estoy convaleciente todavía, y el régimen no me permite tomar nada a estas horas. Además, hoy, con el viaje... la agitación... no sé, no me encuentro bien... no podría.

P. ANS. ¿Por qué no se acuesta usted?

ISABEL ¡Oh!, no es nada... puedo esperar perfectamente.

MARQ. Ya sabe que en esta casa tiene usted la más completa libertad.

(El Criado presenta el servicio a Enrique.)

ENR. Podía mi madre haberle ahorrado el trabajo. No me gusta la leche, me cansa... me repugna.

MARQ. ¡Enrique, por Dios! Piensa que te es necesario tomar alimento.

ENR. No puedo.

P. ANS. Añádale un poco de té.

ENR. ¡Oh! Esa mezcla me repugnaría todavía más. (Con coraje al Criado.) Quítame el vaso de delante... ¡No quiero verlo!

P. ANS. Siempre igual.

MARQ. Los médicos insisten en la necesidad de que se alimente mucho, y él empeñado en no tomar nada.

ISABEL Cuando la leche repugna, se sufre mucho. En mi enfermedad he pasado ratos horribles. (Poniéndose en pie.) Si la señora Marquesa me lo permite, echándole una cucharada de miel, no es mala de tomar. (Lo hace.)

MARQ. Será inútil.

P. ANS. Puede intentarse.

MARQ. (Contrariada.) Pruébelo. (Avanza Isabel al proscenio con el servicio.)

ISABEL Perdóneme, señor marqués, la libertad, pero es por su bien... ¿Lo ha probado usted alguna vez?

ENR. No... no es que no quiera... es que no puedo.

ISABEL Basta un esfuerzo pequeñísimo.

ENR. No... no...

ISABEL Se alegrará tanto su madre, señor. (El la mira. Ella insiste tímidamente.) Teniendo un poco de voluntad... Pruébelo. (Enrique coge el vaso, vacila, y llevándolo a sus labios, lo apura totalmente.) ¿Ve usted?

ENR. Muchas gracias.

ISABEL Ya está.

P. ANS. (Con alegría.) ¡Por fin! Es la primera vez que le veo razonable. (Yendo al encuentro de Isabel.) Que Dios se lo premie a usted, señorita.

MARQ. (Se dirige a Enrique, y al pasar por junto a Isabel, dice secamente:) Gracias. (Isabel queda perpleja. El Padre Anselmo se dirige a ella y, luego, hablando, se dirigen hacia el cortinón del foro, que correrán algo, mirando a través de' los cristales de la balconada la lejana tormenta.) Es ya muy tarde, Enrique... ¿Por qué no te acuestas?

ENR. (Con amargura.) ¡Dormir!... Me hace tanta falta... Llevo tres noches en ese amodorramiento medio consciente, que no me sirve de descanso.

MARQ. Tal vez con la ayuda de ese medicamento...

ENR. Es inútil.. El veronal no me basta, madre, entorpece mis párpados, pero el sueño no viene.

ISABEL La tormenta se estacionó en las cumbres.

P. ANS. (Volviendo.) Mucho será que esas malditas corrientes, no traigan de nuevo la tempestad.

MARQ. Dios no lo permita.

ENR. (Poniéndose en pie.) Tienes razón. Mis nervios no resistirían de nuevo esa prueba brutal... Tengo... me da vergüenza decirlo... tengo miedo... (A Isabel.) Señorita: perdone usted mis brusquedades y mis... manías. Quisiera permanecer aquí, tener ocasión de demostrar nuevamente que tengo esa voluntad que usted me recomienda... pero, no puedo más; siento que estas lluvias y esos huracanes de fuera traen la tormenta a mi alma... No podría evitar la repetición de otra escena desagradable. (Besando a su madre en la frente.) Adiós. Buenas noches, Padre.

(La Marquesa le acompaña hasta primera derecha. Antes del mutis, Enrique dirige una mirada a Isabel. El Padre Anselmo, al Criado, que durante la anterior escena iba y venía quitando el servicio de té:)

P. ANS. Avise usted a la gente. Es la hora del Rosario.

(Vase Criado por el foro. El Padre Anselmo abre el mueble de la imagen y enciende la vela. En seguida empezarán a entrar los servidores del castillo, que, respetuosos, se agruparán junto al lateral izquierda. La Marquesa, yendo al encuentro de Isabel:)

MARQ. Celebro, señorita, que gracias a usted haya tomado el marqués alimento esta noche.

ISABEL (Desconcertada.) Fué una casualidad, señora.

MARQ. No. Fué su influencia... Con todo y ser su madre, nunca pude lograrlo.

ISABEL (Disculpándose.) Yo... señora...

MARQ. No, no... comprendo su buena intención; pero forzar hasta ese extremo su voluntad con imposiciones más o menos corteses, no ha sido nunca en mi opinión el mejor sistema. Mis palabras son sólo una explicación del por qué yo me he abstenido siempre de hacer lo que usted ha hecho.

MARQ. (Azorada.) Yo ignoraba...

MARQ. Es usted *muy joven*, señorita. Los enfermos son... como son, y quien no se separó de su lado, sabe por experiencia y mejor que nadie lo que les conviene.

P. ANS. Si la señora Marquesa lo tiene a bien, daremos principio al Santo Rosario.

MARQ. ¿Están todos?

LUCÍA Sí, señora Marquesa.

MARQ. Cuando usted quiera, Padre.

(Se arrodilla junto al altarcito. Los servidores, a la izquierda, hacen lo propio. Más al centro se arrodilla Isabel, y junto a ella, más atrás, Lucía. El Padre Anselmo, en pie junto al altar, empieza solemne y pausadamente la oración. Se oye rumor de lluvia.)

P. ANS. Señor Dios nuestro. (Vuelven a voltear las campanas del Salvar anunciando tormenta y siguen hasta el final del acto. Por el resquicio de la cortina que corrieron ligeramente el Padre Anselmo e Isabel, vuelven a percibirse los relámpagos. Isabel lleva sus manos a la frente, intentando ponerse en pie.) Dirigid y encaminad todos nuestros pensamienmientos, palabras y acciones.

LUCÍA ¿Se encuentra usted mal, señorita?

ISABEL Sí... muy mal... muy mal. (Lucía acude a sostenerla.)

MARQ. ¿Qué ocurre? (Va hacia el grupo.)

LUCÍA Se ha desvanecido la señorita.

MARQ. ¡Pronto!... ¡Un poco de éter!

P. ANS. ¡Que Dios no nos abandone! (Los criados se ponen en pie y algunos se acercan curiosos.)

MARQ. (Al Criado.) Juan, vaya a la habitación del señor marqués... Allá... en el armario de cristales. . un frasquito azul... (Vase Criado por derecha.)

P. ANS. (Cogiéndole una mano.) Está aterida de frío.

MARQ. Está temblando.

P. ANS. ¡Pobrecilla! (Breve pausa.)

MARQ. Señorita... señorita...

LUCÍA Ya retorna.

MARQ. Isabel...

P. ANS. ¡Por fin!

MARQ. ¿Pasó ya?

(Criado vuelve por izquierda con el frasco. Aparece ENRIQUE y queda junto al lateral observándolo todo.)

ISABEL (Débilmente.) Sí... Estoy ya mejor... Gracias. (Llevándose las manos al pecho; dos mujeres del servicio la ayudan a incorporarse.)

MARQ. Llévenla a su habitación y que se acueste en seguida; (La acompaña Lucía al lateral izquierda.) Lucía: usted se quedará esta noche. (Dirigiéndose al Padre Anselmo.) Con este tiempo no es prudente mandar al Salvar en busca del médico... Mañana veremos...

ENR. (Con energía.) ¡Mañana, no!... ¡Ahora!... ¡Iré yo mismo!

(Isabel, desde el lateral, se detiene y mira a Enrique. Se oye de nuevo un trueno.)

MARQ. ¿Tú?

ENR. (Tras un nervioso estremecimiento.) Sí... ¡Yo iré! (Separando a la Marquesa, que se interpone a su paso.) Déjame, madre.

(La Marquesa rompe a llorar, Enrique va al foro, se detiene un instante mirando a Isabel y hace mutis.)

P. ANS. Déjele marchar, señora.. ¿Quién sabe si es una locura o es un milagro de Dios? (Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salón en la planta baja del castillo. Amplio rompimiento central avanzando hacia el foro, con vestíbulo circular u ochavado abierto en arcos practicables.

Forillo. Grandes jardines de mirtos con artístico surtidor o estatua de mármol frente al arco central del vestíbulo. Faroles que con bombilla tras el telón, se encenderán oportunamente.

Puerta practicable en lateral derecha y otra en lateral izquierda. En el salón mobiliario ligero y de buen gusto, y todo cuanto pueda contribuir al mejor ornato de la escena.

—

(Al levantarse el telón, ISABEL, sentada algo a la derecha, lee en voz alta. La MARQUESA, sentada más al centro, escucha la lectura de Isabel, trabajando maquinalmente en una sencilla labor.)

ISABEL (Leyendo.) «El que aprecia las cosas por lo que son y no por lo que se dice o se opina de ellas, es verdaderamente sabio y enseñado por Dios más que por los hombres.»

MARQ. ¡Qué hermoso pensamiento!

ISABEL Verdaderamente... es hermoso.

MARQ. Ya ve usted. Ese libro fué en mis horas de angustia mi mejor compañero. Por desgracia ya no responden mis ojos como yo quisiera; pero no puedo prescindir de él. Yo siento molestarla con tanta frecuencia, señorita.

ISABEL ¡Oh... eso no!

MARQ. ¿No le cansa a usted leer?

ISABEL Al contrario, señora. Es la mejor de mis distracciones.

(ENRIQUE por izquierda con un paquete de cartas en la mano, se detiene al verlas.)

MARQ. Siendo así.. siga, hija mía. (Isabel hace intención de leer, pero ve a Enrique y se detiene. La Marquesa, al percibir el gesto de Isabel, vuelve el rostro y ve a Enrique.) ¡Ah!... ¿Estabas ahí?

ENR. Hace un instante nada más. (Haciendo a Isabel una ligera reverencia.) ¡Señorita!

ISABEL Buenas tardes, marqués.

MARQ. ¿Qué tal te encuentras hoy?

ENR. Bien.

MARQ. ¿Saliste esta mañana?

ENR. Sí, madre. (En tono de reproche.) Aunque la señorita... no quiso.

ISABEL (Azorada.) No pude.

ENR. (Recalcando.) No quiso acompañarme como otras veces..., he salido.

MARQ. Hiciste bien.

ENR. Fuí hasta la granja y almorcé allí. Además, tengo que darte una buena noticia. Van ya, con la pasada, cuatro noches en las que duermo perfectamente sin auxilio de esa maldita pócima.

ISABEL Que le hacía a usted mucho daño.

ENR. Sí. Puede usted apuntarse este nuevo triunfo.

ISABEL Mío no. De usted. Ya ve, señora Marquesa, le ha bastado un poco de voluntad, para prescindir de lo que él creía indispensable.

MARQ. (Haciéndose la desentendida.) ¿Han traído el correo?

ENR. (Le entrega la carta.) No hay nada de particular. Unicamente esta carta puede interesarte.

MARQ. ¿Es del administrador?

ENR. No. Es del amigo que esperamos.

MARQ. (Con cierta ironía.) ¡Ya!...

ENR. En ella disculpa su retraso. Urgentes ocupaciones le llevaron de Lyón a París, y en la carta confirma su anterior telegrama. Para evitarle la pesadez de la galera, telegrafié ayer a Antonio, para que desde el Canteral salga a la estación de Medina con dos caballos, para acompañarle hasta aquí.

MARQ. Lea, lea Isabel.

ENR. Sí, continúe usted leyendo, señorita; si me lo permite seré un oyente más.

MARQ. (Irónica.) ¡Qué milagro! ¿Ya no te aburre el Kempis?

ENR. (En igual tono.) Será milagro... pero ya no me aburre.

(Isabel comienza de nuevo la lectura. Enrique va pausadamente a sentarse a la derecha de la escena y queda contemplando a Isabel con visible interés.)

ISABEL (Leyendo.) Capítulo segundo. «La verdad habla en nuestro interior, sin rumor alguno de palabras.»

ENR. Pero habla recio cuando de amor nos habla. ¿No lo cree usted así, Isabel? (Isabel se desconcierta.)

MARQ. (Dirigiéndose a Enrique.) ¿Has venido de oyente, o a enmendarle la plana a Thomas de Kempis?

ENR. No enmiendo, aclaro el concepto.

(Entra por izquierda un CRIADO.)

CRIADO El capataz desea ver a la señora Marquesa.

ENR. (Poniéndose en pie.) ¿Qué quiere?

CRIADO Es fin de quincena, señor marqués, y como don Antonio no ha vuelto todavía...

ENR. Sí... es necesario pagar a esa gente. (Inicia el mutis, pero la Marquesa, poniéndose en pie, le detiene con la frase. Isabel se pone en pie en donde está.)

MARQ. Tú no, hijo mío; no está todavía tu cabeza para ocuparse de estos asuntos. Iré yo misma. (Hace mutis por izquierda, seguida del Criado. Isabel hace intención de seguirla, pero Enrique la detiene.)

ENR. No se vaya usted, señorita; es necesario que hablemos.

ISABEL (Con extrañeza.) ¿Que hablemos?

ENR. Sí.

ISABEL Usted dirá.

ENR. ¿Por qué no es usted la mismà, Isabel?

ISABEL ¿Que no soy la misma?

ENR. No. Para mi madre, para el padre capellán, para los otros en general... tal vez. Para conmigo ha variado usted mucho... muchísimo.

ISABEL ¡Qué disparate!

ENR. Desde hace unos días, yo no existo para usted. Me tenía usted mal acostumbrado, señorita. Al principio nos encontrábamos a cada instante, ahora no. Se acabaron aquellos minutos en que entraba usted en mi biblioteca, para decirme una palabra de aliento, para pedirme algún libro. Nuestros paseos, nuestros ratos de música... todo ha terminado. ¿Acaso he desmerecido a sus

ojos? ¿Qué falta he cometido para que así me desampare?

ISABEL ¡Qué exageración! Habla usted como un niño mimado, o como un hombre no razonable. Sí. Es cierto... me he cuidado mucho de usted, le he dedicado todas las horas de que podía disponer... y algunas más; pero usted estaba enfermo. Ahora está ya mejor... mucho mejor.

ENR. (Irónico.) Nunca imaginé que mi salud estuviera reñida con su afecto.

ISABEL No es eso. Mi afecto es el mismo... pero comprenda que no hay razón para que me ocupe de usted en la forma de antes.

ENR. Luego... ¿Me cree usted curado?

ISABEL Casi...

ENR. Y aunque así fuese... ¿Cree usted que por haber recobrado las fuerzas y la voluntad perdida, mi espíritu y mi corazón han recobrado la paz?... Usted supone que mi vida es ya muy risueña... muy feliz... ¿verdad?

ISABEL Por lo menos... más fácil, sí lo es.

ENR. ¡Oh, Isabel! No puedo adivinar si continúo estando enfermo; mas sí sé que todavía la necesito... la necesito más que nunca; usted me ha habituado a costumbres demasiado agradables, demasiado dulces; y francamente, quitarme así, de pronto, el mejor, el único remedio a mis males, no deja de ser una crueldad... (Acercándose a ella.) Calla usted... Luego tengo razón, ¿no es cierto?

ISABEL Ya he dicho lealmente lo que sentía. Creo que no ha lugar a ocuparme tanto de usted y... sí debo cuidar más de mí. (Pausa corta durante la cual, Isabel, cambia de lateral como rehuyendo la asiduidad de Enrique.)

ENR. (Decidido.) ¿Me autoriza usted para que sea franco?

ISABEL (Asustada.) No, no, no...

ENR. ¡Lo quiero! Déjeme expresar lo que siento, aunque vaya tal vez más allá de su pensamiento. Pero cuando la vida me ha negado la vida, y por el encanto de una mujer me la devuelve, es justo que le pida algo más... la dicha. Para seguir sufriendo no sería lógico haberla deseado, y si puede darlo honradamente, ¿por qué no acariciar un sueño que puede trocarse en realidad?

ISABEL No siga por ese camino, marqués.

ENR. (Con decepción.) ¡Marqués!

ISABEL Se lo suplico.

ENR. ¿Acaso mis palabras rozaron desagradablemente sus oídos?

ISABEL Eso no... sé agradecerlas, pero ..

ENR. Pero... ¡qué!

ISABEL Me asustan. No debo oirlas.

ENR. Siendo sinceras y leales, no hay motivo para no escucharlas.

ISABEL ¡Basta!

(Entra el DOCTOR por el foro, y deteniéndose junto al mismo, quedará observándoles unos instantes sin que ellos se den cuenta de su presencia. Enrique, nervioso, pasa su mano por la frente, en tanto que Isabel le mira, presa de honda preocupación.)

ENR. (Se acerca a ella cariñoso.) ¿Se ha enfadado usted?

ISABEL Motivos no me faltan.

ENR. (Le tiende la mano amistoso.) ¿Amigos?

ISABEL (Estrechando su mano, tras breve pausa, y recalcando.) *Amigos*... sí.

DOCTOR (Avanzando a su encuentro.) Buenas tardes, mis queridos enfermos.

ISABEL (Azorada.) Buenas tardes, Doctor.

ENR. (Secamente.) Buenas tardes. (Nervioso por la inoportuna presencia del médico, gana escena a la derecha. El Doctor le observa un instante sonriendo.)

DOCTOR (Dirigiéndose a Isabel.) ¿Qué tal, señorita? ¿Han vuelto a repetirse esos desvanecimientos?

ISABEL No, señor; y en cuanto al marqués, ha mejorado mucho durante su ausencia.

ENR. (Nervioso.) Por lo menos, así lo aseguran...

DOCTOR ¡Es extraordinario! Lo mismo ocurre en el Salvar. Dicen que cuando me voy a Madrid, sanan todos los enfermos.

ISABEL No lo dije en este sentido, Doctor.

DOCTOR Si no me ofendo... es la verdad. Créalo usted. En todos los pueblos ocurre lo mismo. Donde campan por sus respetos el doctor *aire*, el doctor *sol* y el doctor *pino*, sobramos los médicos... Pero en fin, mientras la humanidad nos considere indispensables, iremos viviendo. (Observando a Enrique.) En cuanto al marqués, le sobra a usted razón... no parece el mismo... ese sol de que hablaba, ese aire y... *lo que yo me sé*... me lo han cambiado. A ver, a ver, venga usted para acá.

ISABEL (Azorada por la alusión, hace ademán de retirarse.) Yo, con permiso de ustedes.

(Enrique da un paso, como temeroso de que se vaya; el Doctor lo comprende y, dándose en la frente una palmada:)

DOCTOR ¡Qué cabeza la mía!... Perdone usted... Por aquí no... por ahí, señorita. (Indicando el jardín.)

ISABEL (Extrañada.) ¿Por qué?

DOCTOR Muy sencillo. Junto a la verja quedó la pobre Agueda, esa viejecilla que usted socorre, y que lleva, por lo visto, largo rato esperándola.

ISABEL ¡Pobrecilla!... Voy en seguida; gracias por el aviso, Doctor.

(Vase por el foro. Enrique va hasta el vestíbulo, siguiéndola con la mirada. El Doctor sonríe.)

ENR. ¡Qué encanto de criatura!... A donde va, va el consuelo y la vida con ella... ¡cuánto bien me ha hecho, Doctor!... (Al ver la sonrisa del Doctor.) ¿Qué piensa usted?

DOCTOR Que tiene usted razón.

ENR. Sí... la tengo. Imposible sería explicar hasta qué punto llegan sus bondades.

DOCTOR ¡Ay, querido marqués!... Me parece que en su enfermedad han surgido nuevas complicaciones... (Riendo.) Y es lógico; rara es la medicina que cura sin lesionar algún órgano que estaba intacto todavía. Sospecho que a usted le ocurre algo de eso.

ENR. ¿A mí? (Gesto en Enrique.)

DOCTOR ¡Oh, no se asuste!... La nueva enfermedad se combate fácilmente. Antes de ir a presentar mis respetos a su señora madre, recetaré. (Acompañándolo hacia el foro.) Ve usted... Ese es el camino de la verja, sígalo, y antes de llegar al final, encontrará usted a la señorita Isabel, que regresa algo molesta por no haber hallado a la persona que le anuncié... Le presenta usted mis excusas, y luego dan ustedes juntos una vueltecita por los jardines, ya verá cómo sin saber por qué, se siente usted mejor.

ENR. (Indeciso.) ¡Doctor!

DOCTOR Nada... nada. Los médicos debemos preveerlo todo... Vaya usted.

ENR. (Vacila, mira al Doctor, y luego, algo turbado, le tiende la mano.) Gracias.

(Vase por el foro. En aquel momento entra por derecha el PADRE ANSELMO.)

P. ANS. ¿A dónde va el señor marqués?

DOCTOR (Cómicamente.) No sé.

P. ANS. Usted perdonará, voy con su permiso a acompañarle. (El Doctor lo coge por un brazo, llevándolo aparte.)

DOCTOR ¡No!

P. ANS. ¿Por qué?

DOCTOR Porque... no. Sospecho que estorbaría usted. A mis enfermos los conozco yo mejor que nadie y sé lo que les conviene. Ahora me toca a mí, ¿eh? (Simulando echar una bendición.) Luego ya entrará usted en turno. (El Padre Anselmo lo mira con extrañeza.) Sí, sí... (Riendo.) No se preocupe: yo me entiendo.

(Entra MARQUESA por izquierda.)

MARQ. Ya era hora de que volviéramos a verle.

DOCTOR (Saludando.) Señora.

MARQ. Muy olvidados nos tiene usted.

DOCTOR Olvidados no, señora Marquesa. Fué que, aprovechando los progresos de su señor hijo, decidí pasar unos días en Madrid, con objeto de solucionar unos asuntillos pendientes.

MARQ. (Sentándose.) Comprendo... Siéntese, Doctor. (Se sienta el Doctor. Padre Anselmo, que fué al foro a mirar con curiosidad, vuelve oportunamente.) ¿Ha visto usted a Enrique?

DOCTOR Sí... Está desconocido.

MARQ. No me negará que el tiempo me dió la razón. No hay mejor sanatorio que la propia casa.

P. ANS. Ha sido un verdadero milagro.

DOCTOR Algo hay de eso.

P. ANS. Hay que ver al señor marqués trepando por esos montes. La *fobia* de las cuestas como usted llamaba, pasó a la leyenda; las pendientes ya no le producen la menor perturbación, desapareció aquel miedo ridículo. Hoy se aventura por ellas con la agilidad de un niño.

MARQ. Fuimos disminuyendo la dosis de veronal hasta suprimirlo en absoluto. Además, el ejercicio estimuló su apetito y, por fin, se vencieron aquellas repugnancias que sentía por todo. El Padre es testigo.

P. ANS. Cierto.

DOCTOR Diga usted: ¿Al sentirse mejor, no ha mostrado deseos de volver a su vida... *ciudadana?*

P. ANS. No.

MARQ. Se encuentra aquí perfectamente.

DOCTOR Me hago cargo. A mí en su lugar me ocurriría lo mismo.

MARQ. ¿Por qué?

DOCTOR Padre Anselmo, no me tache usted de impío. Creo en los milagros, Marquesa, y en este caso existe; pero quien hizo el milagro... (Al Padre Anselmo.) Perdone... no fué Dios... fué usted. (Gesto de extrañeza en la Marquesa.) Usted, que tuvo la buena idea de traer a esta casa lo que hacía falta a su hijo. El hada de la varilla mágica. La belleza, que era el antídoto que reclamaba la juventud de Enrique.

MARQ. ¿Isabel?

DOCTOR A esa señorita precisamente... para qué engañarnos. Isabel ha sido el médico, el verdadero médico que trajo con su tesón, y su bondad, el precioso talismán que yo no podía improvisar. El día aquél, en que a media noche y en plena tormenta vino en mi busca el marqués.., lo comprendí.

P. ANS. ¡Oh! Recuerde usted que la crisis fué terrible. El marqués volvió de la jornada lívido, desencajado... más enfermo que nunca.

DOCTOR Pero... fué. Existía un algo que le sacaba de sí mismo... un objeto, una razón de vivir que encauzaba sus desorientadas ideas. Tenía corazón y voluntad, y existiendo estos dos factores estaban vencidos los nervios. (Pausa corta. El Doctor rompe el silencio, poniéndose en pie.) Señora: Sentiría que lo dicho no fuera de su agrado, pero es la realidad... Mi egoismo profesional me ha llevado a aprovechar esta circunstancia favorable. Si al marcharme le encargué a esa señorita ciertos cuidados, fué por el convencimiento de que al llegar por sus manos, serían de un efecto eficaz. Ya comprenderá usted que mi única misión era devolverle la vida al marqués.

MARQ. Tiene usted razón. (Tendiéndole la mano.)

DOCTOR Buenas tardes, Padre Anselmo.

P. ANS. ¿No espera usted hoy la galera?

DOCTOR No, Cuando el tiempo lo permite, soy a la antigua usanza, jinete en mi mula. (Inclinación.) A sus pies, señora.

(Vase por el foro. Padre Anselmo le acompaña, y al volver al proscenio, mira un instante a la Marquesa; a quien afecta honda preocupación.)

P. ANS. ¿Usted cree, señora, lo que dice el Doctor?

MARQ. Por desgracia... estoy convencida... ¿Qué sabrán los otros respecto a un hijo, que una madre no haya adivinado antes?

P. ANS. Es verdad.

MARQ. Desde el día en que entró en esta casa esa mujer, aunque no quisiera comprenderlo, lo comprendí. Quise evitarlo, pensé despedirla; pero su influencia fué tan rápida... ¡tan absoluta!... que hubiera sido peor el remedio. (Padre Anselmo afirma con el gesto.) Comprenda que, entre tolerarla o perder a mi hijo, el deber de una madre era cerrar los ojos a la evidencia. (Sentándose a la izquierda.) ¡Cuánto he sufrido, Dios mío!

P. ANS. Respetemos sus designios... ¡Quién sabe!

MARQ. (Agitada.) Usted conoce a Enrique, Padre Anselmo. Nada podrá detener el empuje de ese corazón que despierta, y de esa voluntad de hierro que vuelve a vibrar con más intensidad que antes.

P. ANS. Nada sabemos, señora, y nada podemos prever. (Poniéndose en pie.)

MARQ. ¡Qué remedio!... Esperaré resignada. En otra ocasión lucharía... Hoy no puedo hacerlo... me falta valor para arrostrar la responsabilidad de una lucha en estas circunstancias. No tiene derecho mi hijo a dar nuestro nombre a una desconocida, a una mujer de otra clase... y, sin embargo... adivino que ha de ser así, si es que quiero que viva.

P. ANS. No hay mejor tesoro que la virtud, ni mayor nobleza que la del alma, señora Marquesa. (Al notar la presencia de Enrique en el foro, callan de pronto. ENRIQUE entra nerviose, y detrás, ISABEL, que queda junto al vestíbulo.)

ENR. (Exaltado.) Aquí tiene usted a mi madre, señorita. No me avergüenza pedirle perdón en su presencia, si es que en algo pude ofenderla... pero no la creo a usted tan falta de corazón, que hablase formalmente hace un momento. (Resueltamente.) Madre: Isabel acaba de decirme que desea marcharse de esta casa.

ISABEL (Humildemente.) Es cierto, señora Marquesa.

MARQ. (Con alegría.) Pero... ¿es verdad? (Comprende su indiscreción y se reprime.)

ENR. (Fuera de sí.) ¿Qué? ¿Te alegras?... ¡Ah, pero .. es que tú lo deseas!... ¡Oh, no!... No..., no..., no puedo creerlo... (Con indignación) ¡Sería una ingratitud!... ¡Sería una!...

P. ANS. (Le corta la frase con severidad.) ¡Marqués!

(Enrique, nervioso y desconcertado, va a sentarse en un sillón a la derecha: el Padre Anselmo se acerca a él.)

ISABEL (Avanza, triste, al encuentro de la Marquesa.) Ya ve usted, señora. Mi permanencia aquí sería tan penosa como inútil... le suplico que me permita marcharme esta misma noche.

MARQ. ¿Tiene usted alguna queja de nosotros?

ISABEL Todo lo contrario, señora Marquesa, sólo tengo motivos de agradecimiento.

MARQ. En este caso no me explico su decisión.

ISABEL Señora... yo...

MARQ. Hable con sinceridad; me tiene usted acostumbrada a ello.

ISABEL No sé cómo expresarme... sentiría molestarla..., pero he decidido marcharme para bien del señor marqués... para bien mío... para bien de todos.

(Enrique presta atención a las últimas palabras y en su rostro se refleja la desesperación.)

MARQ. ¡Para bien de todos!... (Vacilando) No sé .. tal vez tenga usted razón.

ENR. (Se pone en pie y violentamente) ¡Nunca!... ¡Para qué negarlo!... ¡Sería mi maldición!... ¡Sería (Entre dientes.) ¡mi muerte, madre! (Pausa corta.)

MARQ. Ya lo oye usted, señorita.. comprendo que no es sólo él, es también su corazón quien suplica. Perdóneme si antes pudo ser mal interpretada mi actitud... (Recalcando.) Nada deseo, ni dejo de desear. Comprenda que el verdadero, el único deseo de una madre, es la salud y la dicha de un hijo. (Con amargura.) Ya no soy yo quien puede dársela, ni es por mí por quien seguiría usted en esta casa... sería por él... sólo por él... por lo tanto a él le toca suplicar y ¡conseguirl... (Nerviosa.) Vámos, Padre Anselmo. (Hace mutis por izquierda. Padre Anselmo la sigue. Mira a Isabel y a Enrique antes de desaparecer y hace mutis acto seguido.)

(Durante la siguiente escena irá anocheciendo, encendiéndose los faroles que en segundo término habrá en los paseos del parque.)

ENR. (Se acerca suplicante a Isabel.) Isabel.

ISABEL (Molesta.) Puede usted estar satisfecho... *a pesar* de mis súplicas... han podido más esos nervios que la razón.

ENR. Ha sido algo más grande que los nervios y que la razón, señorita; algo más fuerte que no se puede explicar y que adivina todo el que nos ama. Ya ve usted, sin que hablara, ha podido mi madre en un instante, leer en mi alma todo lo que usted no comprende, o no *quiere* comprender.

ISABEL ¿Va usted a insistir de nuevo, marqués?

ENR. (Con coraje.) ¿Le ofende, verdad?

ISABEL No me ofende... me desagrada. Poco puede quererme, quien hace un momento no vaciló en humillarme.

ENR. (Resuelto.) Decididamente... me niega usted la dicha.

ISABEL No soy yo, marqués; es la vida.

ENR. (Con desaliento.) Comprendo. Todas mis ilusiones... todas mis esperanzas fueron quimeras de enfermo... ¡de loco!

ISABEL ¿Pero quién le ha dicho que pueda yo amarle?

ENR. Su proceder, Isabel. (Yendo hacia ella resueltamente.) Su corazón que vibró con el mío más de una vez... ¡no lo olvide!... ¡Me lo están diciendo esos ojos que no se atreven a mirarme para no negar lo que me pertenece. (Coge entre las suyas una mano de Isabel: ésta resiste débilmente.) ¡Me lo asegura ese rubor!... esta mano que tiembla entre las mías... ¡No lo niegue, Isabel!... ¡no lo niegue porque... mentiría!...

ISABEL (Reacciona, y con un brusco movimiento, suelta su mano de las de Enrique y se aparta de él.) ¡Oh... loco! (Afectada gana escena a la derecha.)

ENR. (Sufriendo horriblemente reacciona también y murmura avergonzado.) Tiene usted razón... sí... estoy loco... he sido brusco, descortés, pero no me desprecie usted.

ISABEL (Afectada.) Hizo usted mal al echarme en cara mis cuidados. Crea que al cuidarle lo hice muy sinceramente. Le juro que nunca me guió un movimiento de coquetería.. y mal pueden prometer mis ojos lo que no pueden dar. Ni usted está lo suficientemente curado para no provocar estas escenas, ni mi ánimo tiene fuerzas para soportarlas.

ENR. He estado torpe, lo reconozco; yo le prometo dominarme... haré cuanto pueda y aun lo imposible, pero... no nos abandone usted.

ISABEL Es necesario. Es para bien de todos... es para su bien... Así pienso yo, y así ha pensado su madre. Debo hacerlo, Enrique. (Hace mutis por derecha.)

ENR. (La sigue unos pasos vacilante.) ¡Isabel!... ¡¡Isabel!! (Retrocediendo unos pasos y dejándose caer en un sillón, presa de profundo abatimiento.) ¡Basta, Dios mío!... ¡Basta!

(Entra ANTONIO por foro, seguido de GUILLERMO CAÑAL. Se dirigen hacia el lateral izquierda, no viendo a Enrique por efecto de la media luz y por estar éste sentado a la derecha.)

GUILL. Por fin llegamos.

ANT. Aquí tiene usted al señor marqués.

ENR. (Poniéndose en pie, abatido.) ¿Eres tú?

GUILL. ¡Enrique! (Abrazándole.) ¡Qué lejos estás y qué caminos!... Vaya un viajecito...

ANT. Se conoce que el señor no está habituado a cabalgar por riscos.

GUILL. Nada más cierto. (Antonio, dirigiéndose al foro, da vuelta al interruptor, iluminándose la escena.) Yo siempre fuí jinete de *boulevard*... Cree que sólo por un verdadero afecto, pueden tales jinetes arriesgarse a ir en busca del águila en su propio nido.

ENR. Gracias, Guillermo. (A Antonio.) Mire si está dispuesto el pabellón, y ordene que lleven a él en cuanto llegue, el equipaje del señor. (Mutis de Antonio por foro.) Te alojo en un pabelloncito que está al extremo del jardín: en él estarás completamente independiente sin dejar de estar con nosotros. (Sonriendo maliciosamente.) Conozco tu manera de vivir, y quiero librarte de toda molestia. Allí puedes entrar y salir cuando gustes; junto a él están mis cuadras y mis coches que tuyos son también. Aquí se reza demasiado... se cierran las puertas a las diez de la noche... en fin; mi madre es como es, y queriéndote bien no debo esclavizarte.

GUILL. Encantado. No puedes imaginar cuánto deseaba verte. Por cierto que hallándome con un pie en el estribo, apareció tu Keti jadeante, y entregándome esta carta, me dijo: «Toma, para mi Enrique». (Presenta

una carta a Enrique, y éste con visible contrariedad, la rechaza.)

ENR. No, no... puedes guardártela.

GUILL. (Sorprendido.) ¿Ni leerla?

ENR. Ni tocarla siquiera.

GUILL. Te desconozco.

ENR. Vamos... siéntate; descansa y luego veremos a mi madre.

GUILL. Como quieras. (Sentándose.) Te encuentro abatido, Enrique.

ENR. Mucho... muchísimo; sentía verdadera necesidad de verte, necesidad de un corazón amigo en quien poder desahogar todas mis amarguras: he sufrido tanto, querido Guillermo, desde que nos separamos en París, que nada tiene de particular me encuentres totalmente cambiado: el que aprende a sufrir, aprende a vivir. Créeme. Aunque hay momentos en que más valiera dejar de vivir para no tener ocasión de darse exacta cuenta de lo que es la vida.

GUILL. (Jocosamente.) Filósofo estás.

ENR. Filósofo no: ¡desesperado!

GUILL. Pues para consolarse, nada mejor que evocar recuerdos de un pasado que ha de revivir en cuanto te me lleve de nuevo a París.

ENR. Te equivocas. (Guillermo se ríe.) No, no te rías; te hablo seriamente... Llegas precisamente en un momento terrible para mí.

GUILL. ¿Terrible?

ENR. Sí.

GUILL. Voy comprendiendo. Una aventura, ¿verdad?

ENR. No es una aventura... es una desdicha.

GUILL. (Riendo.) ¿Vodevillesca?

ENR. ¡Guillermo!

GUILL. No... no te molestes. No tienen mis palabras intención alguna, pues ignoro de quién se trata... ¿Es acaso alguna rica heredera del contorno?

ENR. Ya que me llevas a ese terreno, voy a ser sincero. Es una mujer que vive bajo mi techo, y que me abandona cruelmente, a pesar de mis súplicas... es una mujer que rechaza mi nombre y mi fortuna... es... (Vacila.)

GUILL. Acaba.

ENR. No me avergüenza decirlo; se trata de la señorita de compañía de mi madre.

GUILL. ¡Novela!

ENR. (Le observa un instante con indignación, y levantándose de pronto.) ¡Torpe de mí! Olvidaba que era con el compañero de mis vicios con quien estaba hablando.

GUILL. (Desconcertado.) No te entiendo, Enrique.

ENR. Es natural... Los hombres como yo he sido; como tú eres... los que tenéis de la mujer el concepto de una cosa más... que la consideráis como un juguete, que fuisteis al matrimonio con el mismo espíritu que a una orgía, es lógico que penséis así.

GUILL. Siempre aprobaste mi conducta y coincidiste con mis ideas; (Irónico.) las mujeres son... como son: dime cómo es una y te diré cómo son todas.

ENR. No... Di mejor que así eran las mujeres que tú me enseñaste. Haces bien echándomelo en cara... ¡Qué imperdonable error!... Por esto Dios ha querido castigarme; me aniquiló y me deshizo para que comprendiese que sólo una mujer tenía el poder de devolverme lo que El me había negado.

GUILL. Eres injusto conmigo.

ENR. Eso quisiera...

GUILL. No te alteres, te lo ruego. Nunca te supuse capaz de enamorarte así... si lo hubiera supuesto, hubiera respetado tu sentimiento.

ENR. Sí... sí... lo comprendo. Todo me excita... todo me altera.

GUILL. (Acercándose a Enrique, pone una mano sobre su hombro y en tono amistoso.) Vamos... sèrénate.

ENR. (Reaccionando.) No: si es natural que me hayas hablado en el tono que lo hiciste. Tú nada sabes, Guillermo... no puedes hacerte cargo de cuánto sufro... Perdóname... pero es el caso que en mi horrible situación, si alguien puede hacer algo por mí sin inspirar recelos, eres tú... no has podido llegar más oportunamente.

GUILL. No adivino en qué puedo ayudarte.

ENR. Pronto... muy pronto... mañana tal vez, se irá de esta casa esta mujer. (Con visible emoción que le irá dominando conforme continúa la frase.) Yo necesito averiguar a dónde va... Como sea... por los medios que sean, necesito saberlo... ¿Comprendes? (Le amaga un ligero desvanecimiento.)

GUILL. ¿Qué tienes?

ENR. Nada... no... no es nada. Luego... luego ha-

blaremos. Voy a decirle a mi madre que has llegado. (Guillermo hace intención de seguirle.) No vengas. Déjame. (Mutis por izquierda. Guillermo queda unos instantes preocupado, luego depojándose del abrigo que echará sobre una silla, se sienta sonriendo irónicamente y enciende un pitillo.)

(Entra ISABEL por derecha y se detiene sorprendida, cuando al volver Guillermo la cabeza le reconoce.)

GUILL. (Desconcertado.) ¡Isabel!

ISABEL ¿Tú aquí? (Breve pausa.)

GUILL. No me explico tu presencia en esta casa.

ISABEL Tampoco yo contaba con esta sorpresa (Recalcando.) tan desagradable.

GUILL. Me hago perfecto cargo: es más, adivino lo que estás pensando. Por mi parte sólo puedo afirmar que nunca imaginé fueras tú la *señorita de compañía* de quien me han hablado hace un momento. (Irónico.) ¿Me equivoco?...

ISABEL No te equivocas. Ya lo ves... nada es imposible a la casualidad.

GUILL. Sin duda. Pero ya que la casualidad, como tú dices, te pone de nuevo en mi camino, es justa una explicación.

ISABEL No hay por qué.

GUILL. La exijo.

ISABEL No te molestes, Guillermo. Nada tienes que decirme, ni nada tengo que escuchar de tus labios. Afortunadamente mi ceguera... mi pasión... murió hace tiempo... lo único que sobrevive en mí, es el horror que me inspiras. (Guillermo, humillado, baja al suelo la mirada.) Haces bien en bajar los ojos al suelo. Los hombres como tú, no tenéis derecho a mirarnos a la cara. ¿Vas a pretender recobrar de nuevo tus derechos de tirano?

GUILL. (Irónico.) ¡De tirano!... Comprendo; reclamas tu libertad... ¿Es eso lo que quieres? (Con intención.) Lo que necesitas, ¿verdad?

ISABEL ¿Para qué? Si tú me la devolviste al abandonarme.

GUILL. Tal vez... pero no para...

ISABEL (Con ira, sin dejarle acabar la frase.) No sigas, que no necesita que le recuerden sus deberes quien tiene dignidad.

GUILL. (Irónico.) No lo dudo... Ya sé que eres un tesoro... un modelo de virtudes y de bondades: no hace mucho rato me lo dió a entender un buen amigo tuyo... tu amante tal vez.

ISABEL ¡Qué estás diciendo!... ¡¡Mi amante!! ¡¡Miserable!! (Llora amargamente. Pausa corta.)

GUILL. (Acercándose a ella.) Serénate y hablemos... Vengo en son de paz.

ISABEL ¡Déjame!... ¡No te acerques!

(Guillermo la coge por un brazo. Entra ENRIQUE por izquierda y se detiene desconcertado al ver la acción de su amigo.)

GUILL. Lo quiero y has de escucharme... es más... ¡Tienes la obligación de escucharme! ¡¡y hasta la obligación de quererme si te lo exijo!!

ENR. (De un salto llega al proscenio, y cogiendo por un brazo a Guillermo, lo separa violentamente hacia la izquierda.) ¡¡Canalla!!... ¡Mal amigo!... (Retándole.) El que quiera robarme esta mujer ha de poder más que yo! (Abalanzándose sobre él, lo coge por el cuello, arrojándolo sobre un sillón a la izquierda.)

ISABEL (Horrorizada va a los laterales y al foro demandando auxilio.) ¡Dios mío!... ¡A mí!... ¡Vengan! ¡Pronto! ¡Favor!

(Salen CRIADOS por foro. Por izquierda la MARQUESA.)

MARQ. ¡Hijo mío!

(Enrique, abandonando a Guillermo, reacciona y retrocede unos pasos presa de grande excitación. Guillermo se pone en pie, maltrecho, con el cuello desabrochado y deshecho en su indumentaria que trata de arreglar. Isabel ha quedado a la derecha. Sale por izquierda el PADRE ANSELMO.)

P. ANS. ¿Qué ocurre?

MARQ. (Severamente.) ¿Qué escándalo es éste?

GUILL. Nada, señora Marquesa. Enrique se ha equivocado seguramente. Creyó que pretendía a esa mujer, y no tengo por qué pretenderla... porque ¡es mía! ¡es mi mujer!

ENR. ¡¡Miente!! ¡¡Miente!! (Mira interrogadoramente a Isabel, lleno de desesperación.) ¡Isabel! (Isabel, humillada, baja al suelo la vista. Al comprender Enrique la verdad por la actitud de Isabel, dice con desesperación:) ¡¡¡Su mujer!!! (Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración que en el primer acto. Han transcurrido un par de horas, a partir de los hechos que han tenido lugar en el segundo acto.

En el diálogo reflejarán los principales personajes, en su actitud y en su decir, el desaliento y dolorosa impresión que pesa sobre ellos, a consecuencia de lo ocurrido.

—

(En escena, al levantarse el telón, el CRIADO, corriendo el cortinón que ocultaba las cristaleras del ángulo derecho del foro, viéndose los montes del forillo fuertemente iluminados por la luz de la luna. En seguida, LUCÍA, por izquierda. El Criado, al verla, va a su encuentro.)

CRIADO — Oye, Lucía. ¿Qué hace la señorita Isabel?

LUCÍA — ¡Pobre señorita!

CRIADO — ¿Se marcha esta noche, verdad?

LUCÍA — Sí; esta noche.

CRIADO — Pues, Lázaro me ha dicho que también el señorito Guillermo dejaba la casa.

LUCÍA — Después de lo que acaba de ocurrir, es natural.

CRIADO — ¿Tú crees que el señorito y...?

LUCÍA — Yo no creo nada ni sé nada: ya sabes que nuestra obligación es disimular; no merece la señora Marquesa, ni el respeto que a esta casa debemos, que anden las cosas en lenguas de todos, como ya está ocurriendo.

CRIADO — Mal se puede disimular lo que todos han visto.

LUCÍA — Eso no es cuenta tuya.

CRIADO No lo será, pero que ha sido *bueno* el escándalo, no te quepa duda.

(Antes de acabar la frase entra por el foro el PADRE ANSELMO, con manteo y teja, deteniéndose junto al miemo)

LUCÍA (Reconviniéndole.) ¡Tomás!

(Al ver al Padre Anselmo enmudecen. Este entra, y después de dejar ceremoniosamente en una de las sillas, adosadas al foro, el manteo y la teja:)

P. ANS. Vete, Lucía, que no tardará Antonio en llegar; por lo alto del camino venía galopando, y ya sabes que la señora Marquesa espera con impaciencia su recado. (Lucía hace mutis por el foro. Padre Anselmo, encarándose con el Criado.) ¿Y tú, qué haces aquí?

CRIADO Nada, Padre. Subí por si los señores me necesitaban para algo.

P. ANS. (Severamente.) Aquí nadie te necesita; puedes marcharte, y ten cuidado con la lengua, que en más de una ocasión te ha perdido. Es tu deber, como el de todos vosotros, cerrar los ojos y callar... ¿Me entiendes?

CRIADO (Con respeto.) Sí, señor.

P. ANS. Vete.

(Criado hace mutis por el foro. Padre Anselmo queda mirándole severamente. Sale la MARQUESA por derecha.)

MARQ. Buenas noches, Padre.

P. ANS. (Yendo a su encuentro.) ¿Qué tal se encuentra el señor marqués?

MARQ. (Con amargura.) Pasada la postración que sucedió a la terrible crisis, vuelven los nervios a dominarle.

P. ANS. ¡Pobre Enrique!

MARQ. Comprendo que es humanamente imposible devolverle la serenidad y la resignación necesaria en estos momentos. He querido aconsejarle, pero es inútil.

P. ANS. (Desalentado.) (¡Señor! ¡Señor!)

(La Marquesa se lleva el pañuelo a los ojes.)

MARQ. ¡Es horrible!

P. ANS. No se aflija, señora, yo entraré un momento y hablaré con él. (Inicia el mutis.)

MARQ. No... no entre. Quiere estar solo. Me ha dado a entender en pocas palabras que saliera de su habitación.

P. ANS. Siendo así... (Se detiene reflexivo. Breve pausa, en que la Marquesa, abatida, va a sentarse en un sillón,

a la izquierda. El Padre Anselmo la sigue con la vista sin atreverse a romper el silencio.)

MARQ. ¿Y qué?... ¿Ha hablado usted con ese hombre?

P. ANS. Sí, señora Marquesa. Le acompañé hasta su pabellón, y allí estuve con él. Da pena verle.

MARQ. ¿Cuál es su actitud?

P. ANS. Puede usted suponerlo. Lamenta con toda su alma lo ocurrido. Hizo protestas del afecto que le une a Enrique... del respeto que a usted le debe.

MARQ. (Nerviosa.) Sí .. sí... pero, ¿qué piensa hacer?

P. ANS. Lo lógico, señora Marquesa... marcharse.

MARQ. ¡Oh, por supuesto!

(Entra LUCÍA por el foro con una bandeja y en ella una botella de agua, una copa, una cuchara y un frasco de farmacia. Detrás, ANTONIO, con traje de montar, que permanecerá junto al foro, en actitud respetuosa.)

LUCÍA (Entrando.) Señora Marquesa...

MARQ. (Nerviosa.) ¡Por fin! Creí que no llegaba nunca esta maldita pócima.

ANT. Pues fuí yo mismo en una galopada, señora Marquesa; pero ya saben ustedes lo que ocurre en la farmacia del Salvar...

P. ANS. Sí... sí...

MARQ. Se lo agradezco, Antonio.

P. ANS. ¿Avisaron ya al Doctor?

ANT. No había regresado al pueblo cuando yo salí, pero prometieron darle aviso en cuanto regrese.

P. ANS. ¡Vaya por Dios!

MARQ Entre, Lucía... a ver si consigue usted que tome el señor marqués este medicamento; ya sé que es inútil que yo lo intente. (Mutis de Lucía por derecha.) ¿Quiere usted algo, Antonio?

ANT. Quería decirle al Padre Anselmo que don Guillermo me ha encargado le recuerde...

P. ANS. No lo olvidaba; (A la Marquesa.) esperaba únicamente, señora, el momento oportuno para cumplir su encargo; como don Guillermo piensa abandonar inmediatamente esta casa, solicita licencia para presentarle sus respetos y sus excusas.

MARQ. ¡Oh, no!... Verle de nuevo... no puedo, no. (A Antonio.) Dígale que me perdone... que no es posible. (Antonio inicia el mutis por foro, y el Padre Anselmo le detiene con el gesto.)

P. ANS. Aguarde, Antonio. (A la Marquesa.) En el salón contiguo está esperando, y puesto que esta entrevista pudiera, tal vez, reportar un bien, permitidme que insista.

(Aparece en la puerta del foro GUILLERMO.)

MARQ. ¡Imposible!

GUILL. Señora... (Sensación de sorpresa en los presentes. Al iniciar Guillermo la siguiente frase, Antonio hace lentamente mutis por foro. Breve pausa.) Suplico mil perdones por el atrevimiento de presentarme, a pesar de su negativa... he dudado mucho antes de dar este paso... crea que, por muy desagradable que sea para usted verme de nuevo, mucho más desagradable, y mucho más bochornoso es para mí el hallarme en su presencia... Le debo a usted una explicación y...

MARQ. (Atajándole.) Puede usted excusarla; es más, le ruego no trate de recordarme el triste espectáculo que hace poco presenciaron... (Con despecho,) hasta... mis lacayos.

GUILL. Yo quisiera...

MARQ. No insista; se lo suplico. Comprenda que lo único que puede interesarle a una madre es el dolor del hijo y el medio de remediarlo... Lo que abone al que trajo el daño no hace al caso... qué más da. Comprenda que no estoy en disposición de oir historias que prefiero ignorar; lo único que lamento es que el nombre de Enrique pueda ir envuelto en tales andanzas.

P. ANS. Dice bien la señora; es justo tener presente que se impone un remedio; y puesto que este caballero se presta a cumplir con un deber, que bien pudiera ser el principio de una solución, estimo necesaria la intervención de la señora Marquesa.

MARQ (Sorprendida.) ¿Mi intervención?... ¿En qué?...

GUILL. Se lo suplico.

P. ANS. El proceder del señor marqués, su manera de conducirse con Isabel ha llevado una sospecha a quien afirma tener sobre ella un derecho.

GUILL. Sospecha de índole moral, que estoy dispuesto a olvidar si consigo unirme de nuevo a Isabel. Partiré con ella muy lejos, y nada más ha de saberse de nosotros.

P. ANS. Quien quita el peligro evita el daño. Dar

satisfacción a esta pretensión justa, es hacer ante los ojos de Enrique, completamente imposible... lo imposible: es acercarse al remedio del mal.

MARQ. Sí... pero... (Con desaliento.) ¡Pobre hijo mío!

P. ANS. No tema por él, señora. Perdida toda esperanza, queda sólo el dolor que indefectiblemente borra el tiempo, y un alma cristiana, un hombre del temple del señor marqués, comprenderá que debe resignarse... sabrá resignarse. Otra cosa no puede... no debe ser.

GUILL. Sólo usted, señora, puede en estos momentos inclinar el ánimo de Isabel para que vuelva al buen camino. Si sólo fuera por dar satisfacción a mi egoísmo, no me atrevería a implorarlo, y menos en estos momentos, en que sólo puedo inspirarle recelos, o desprecio. Pero, como dice el Padre capellán, es en bien de Enrique: hágalo por él, ya que no por mí.

P. ANS. Hágalo por él, señora, y por Dios. (Breve pausa.)

MARQ. (Tras breve reflexión.) Vaya... vaya con Dios, Guillermo. Lo intentaré. (Guillermo esboza disimuladamente una irónica sonrisa de triunfo.)

GUILL. A sus pies. (Hace mutis por foro.)

P. ANS. Cumple usted con un deber, señora.

MARQ. ¿Le consta a usted, Padre, que es Isabel su mujer legítima?

P. ANS. Yo sólo puedo afirmar que él lo asegura.

MARQ. (Dudando.) No sé..

P. ANS. Es de suponer... aparte de que la rectitud de nuestro proceder excluye toda responsabilidad. No cabe inquirir, toda vez que la situación no admite demora. Es más, según tengo entendido, Isabel se marcha esta misma noche, y no hay tiempo que perder.

MARQ. Así es, y necesito tener una explicación con ella antes de que abandone esta casa.

P. ANS. (Iniciando el mutis.) Si la señora Marquesa me autoriza, yo mismo le pasaré aviso.

MARQ. (Luchando consigo misma.) Espere... (Entra por derecha LUCIA.) Sí... sí... avísela. Cuanto antes mejor. (Mutis de Padre Anselmo por izquierda. A Lucía.) ¿Tomó el señor marqués la medicina?

LUCÍA Ha sido inútil.

MARQ. Haber insistido

LUCÍA Intenté hacerlo, señora, pero el señor marqués, fuera de sí, estrelló la copa contra el suelo, obligándome a salir de la habitación.

MARQ. ¡Cuanta contrariedad!

(Entra por izquierda ISABEL, seguida del PADRE ANSELMO. Lleva reflejado en el rostro el sufrimiento, siendo humilde y respetuosa su actitud. A los pocos pasos se detiene. Detrás de ella el Padre Anselmo.)

ISABEL (Tímidamente.) ¿Me llamaba usted, señora?

MARQ. Sí. (Breve pausa, durante la cual, la Marquesa, algo turbada, dirige una interrogadora mirada al Padre Anselmo, que como toda contestación baja al suelo la mirada.) Retírese, Lucía.

LUCÍA Si la señorita Isabel me lo permite, terminaré el arreglo de su equipaje...

ISABEL Se lo agradeceré.

(Mutis de Lucía por izquierda entre el silencio de todos.)

MARQ. (A Isabel.) Después de lo ocurrido, es necesario que hablemos, Isabel. Quiero saber quién es la persona que he tenido bajo mi techo. (Recalcando.) Y que por desgracia tan directamente ha influído en nuestra vida. Sé que mi obligación era haberme informado anteriormente con más detalles, pero aunque sea tarde... y con daño, quiero hacerlo. Siéntese, Padre Anselmo. (La Marquesa se sienta a la derecha y en primer término. Más al centro y hacia el foro lo hace el Padre Anselmo.) Siéntese, si quiere... Isabel. (Isabel permanece en pie.)

ISABEL Gracias, señora.

MARQ. No quiero hacer comentario sobre lo ocurrido, eso sería muy desagradable para todos... pero... ya supondrá que al tomarla a mi servicio, no se me ocurrió ni remotamente que no era libre la mujer que entraba en mi casa... Hizo usted mal... muy mal en ocultarlo.

ISABEL Tiene usted razón. Yo le suplico que me perdone.

P. ANS. Es ya tarde.

MARQ. Además de que yo soy la responsable de mi ligereza, no trato de acusarla: lo único que deseo es que conteste con precisión a mis preguntas.

P. ANS. Hágalo por su bien, Isabel.

ISABEL Estoy dispuesta a hacerlo, Padre Anselmo.

MARQ. En primer lugar, deseo saber qué clase de relaciones le unen a ese... hombre... a Guillermo.

ISABEL (Con dignidad.) Señora... Dijo la verdad. Soy su mujer legítima.

MARQ. (Con intención.) ¿Legalmente?

P. ANS. ¿Ante Dios?

ISABEL (Con energía.) Si así no fuera, no me atrevería a afirmarlo.

P. ANS. (Azorado.) *Bien... bien.* No lo dudamos.

MARQ. Entonces... si no era libre, ¿qué se propuso usted al enamorar a mi hijo?

ISABEL ¡Yo!

P. ANS. Conteste.

ISABEL (Ofendida.) ¡Señora!

MARQ. Por desgracia, me parece que los hechos justifican sobradamente mi pregunta.

ISABEL ¡Oh, no me juzgue usted así!

MARQ. La pasión de un hombre no llega a estos extremos si no se alienta la hoguera.

P. ANS. Tal vez en sus cuidados y en su asiduidad le dejó usted adivinar un amor que no podía dar lícitamente.

ISABEL No, padre... no. No fué mi amor de los que prometen, fué caridad. Yo puse en el enfermo todos mis cuidados, toda mi ternura... es verdad... mi vida entera. Yo le mimaba como a un niño grande y él fué bueno conmigo. ¿Qué más se me puede exigir, si al despertar el hombre, y al despertar con él mi corazón, acepté el sacrificio de mi dicha? Ustedes lo saben. Yo decidí marcharme para no alentar la hoguera, como usted dice; y puedo sin temor a mi conciencia alzar la frente al salir de esta casa, (Emocionada.) aunque en ella me deje el alma... No me acusen que no lo merezco. Comprendo que hice mal, muy mal, en ocultar mi situación; tiene usted razón, señora, pero fué la necesidad de vivir quien selló mis labios... Yo no he podido hacer más... no he sabido hacer más... (Con desaliento.) no puedo más. (Lleva el pañuelo a sus ojos y llora amargamente. El Padre Anselmo mira a la Marquesa. Esta, desconcertada, queda reflexionando. El Padre, con interrogadora mirada, se acerca a ella lentamente. La Marquesa mira un instante a Isabel, que quedó llorando a la izquierda, y dice aparte al capellán.)

MARQ. Terminemos de una vez, Padre Anselmo. Intente usted esa reconciliación, que es la única solución para esa desgraciada.

(El Padre Anselmo se acerca a Isabel, mientras la Marquesa se dirige al mueble oratorio de la derecha y abriendo un cajoncito, saca de él un libro de oraciones, lo ojea y lentamente va hacia primera derecha, donde se detendrá un instante para intervenir oportunamente en el diálogo.)

P. ANS. Vamos, hija mía, serénese. Olvidemos lo ocurrido, y ya que su equívoca situación no es admisible, atienda a un consejo que por indicación de la señora Marquesa voy a darle. Esta noche he hablado con Guillermo; (Isabel le mira con el terror reflejado en el semblante.) se muestra bien dispuesto; él desea sinceramente que vuelva usted a su lado.

ISABEL ¡Oh, eso... no!

P. ANS. Piense usted que...

ISABEL (Atajándole.) No insista, Padre. ¡Al lado de ese canalla, nunca!

MARQ. ¿Así se atreve usted a hablar de su esposo?

P. ANS. Considere que es un deber.

MARQ. Desconozco los detalles de su vida; pero en todos los casos, aun en los más desgraciados le debemos amor al marido, o por lo menos respeto.

ISABEL (Con dignidad.) Si es digno de él, señora, que el respeto al tirano no es respeto, es miedo; yo entiendo que el respeto al esposo es amor, y amar no se puede al tirano que nos humilla.

(Gesto de contrariedad en la Marquesa y Padre Anselmo.)

P. ANS. ¿Qué está usted diciendo?

ISABEL (Con amargura.) No me avergüenzo, Padre... la verdad. Yo sólo con odio puedo recordar al hombre que abusando de mi candidez de niña, me arrancó con engaño de los brazos de mis padres; que legalizó luego mi situación, porque el perdón me aseguraba una modesta herencia que supo derrochar sin escrúpulo con otras. Un día me abandonó cobardemente, y huyó al extranjero para seguir libremente su camino, sin el obstáculo de la mujer resignada, que sólo era un entorpecimiento más en su vida... ¡Ya ve usted! (Afectada.) ¡Me vi sola, señora!... Sola con un

hijo que murió en mis brazos... y pasé hambre... y luché; luché contra todos y contra los instintos malos de mi orgullo herido, para defenderle una honra que él no vaciló en arrastrar por los suelos... ¡qué ironía!

(Enrique, que al salir por derecha se detuvo un instante, escuchando el final de la anterior relación, interviene bruscamente.)

ENR. ¡Qué ironía, no!... ¡¡Qué injusticia!! (Sorpresa en todos. Enrique gana escena a la izquierda, mira a Isabel, que profundamente abatida, se deja caer en un sillón. Luego mira al Padre Anselmo y a su madre.) ¿De qué acusais a esa mujer? ¡Decid!

MARQ. (Severamente.) ¡Enrique!

ENR. (Secamente.) ¡Qué!

P. ANS. Nadie la acusa, señor marqués. Animados del mejor deseo, sólo intentamos para su bien, llevarla al buen camino.

MARQ. Guillermo desea que Isabel vuelva a su lado, y ella...

ENR. (Atajándola.) ¡Ella no! ¡Ella no puede querer eso! (A Isabel y muy excitado.) ¡Dígalo, Isabel!... Dígalo sin temor.

(Isabel sigue llorando. Enrique, presa de indecible angustia, da unos pasos hacia ella. Deteniéndose al oir la voz de la Marquesa.)

MARQ. Quien bien la quiere debe aconsejarla así.

P. ANS. Debe transigir. Su virtud lo exige.

ENR. (Irónico.) ¿Para evitar que se la mire con recelo, verdad?

MARQ. Así es.

ENR. Luego... *vuestra caridad* no alcanza a comprender en este caso, que sin humillación no es posible la virtud.

P. ANS. No es humillación lo que impone un deber.

MARQ. Ni es discutible lo que es sagrado.

ENR. ¡Bien!... No llore usted, Isabel; quien lleva pura la conciencia y rota la vida por la injusticia, no tiene por qué llorar delante de los que no pueden .. o no quieren comprenderla. (Yendo a ella, la ayuda a ponerse en pie.)

MARQ. (Con altivez.) Lamento haber dado lugar a una escena tan poco edificante. Sepa usted, *señora*, que al provocar esta explicación sólo me propuse aconsejarla; tratar de unir nuevamente lo que Dios unió. Comprendo que es inútil, pero era mi deber intentarlo. Respecto a ti, *Enrique*... no es ciertamente esta

actitud, ni estas palabras, las que podía esperar de un hijo. (Vase con indignación por derecha. Enrique la sigue unos pasos y se detiene de pronto, nervioso.)

P. ANS. (Acercándose a él.) Cálmese, señor marqués. Piense que no es el atolondramiento buen consejero... Cuando las palabras salen de los labios, apasionadamente, llevan a veces la conversación a un terreno de peligrosa discusión al que nunca se debe llegar... Evítelo... Créame... Hágalo por su señora madre... hágalo por su salud.

(Enrique, que dando muestras de impaciencia escuchó las anteriores palabras, se vuelve bruscamente dispuesto a contestar, pero en aquel instante, Isabel, que lentamente ha llegado junto a él, le dice con dulzura:)

ISABEL ¡Enrique!... Hágalo por mí.

(Entra LAZARO por el foro.)

LÁZARO Padre Anselmo.

(Enrique mira un instante a Isabel, y luego gana escena a la izquierda. El Padre Anselmo, que los observó durante un instante, se dirige a la silla en donde dejó la teja y el manteo; se echa éste encima de los hombros, mira de nuevo a Enrique y a Isabel, y haciendo una indicación a Lázaro.)

P. ANS. Vamos, Lázaro. (Hace mutis por el foro. Detrás Lázaro. Pausa corta.)

ENR. (Deteniéndose de pronto.) Me han dicho que se marcha usted hoy mismo, Isabel.

ISABEL Le han dicho verdad. Dentro de una hora próximamente pasará la galera; mi situación en esta casa, no permite que me amanezca en ella.

ENR. ¿Y si yo no lo quisiera?

ISABEL Me iría también. Compréndalo.

ENR. ¿Irremisiblemente?

ISABEL (Con firmeza.) Irremisiblemente.

ENR. (Da unos pasos, reflexionando, y deteniéndose de pronto, dice con decisión:) Conforme. Siendo así me iré yo también..

ISABEL (Con asombro.) ¿Usted?

ENR. Sí... yo. Iré a donde usted vaya... donde sea.. ¡Como sea!

ISABEL No. Usted no puede, no debe admitir como posible esta idea... Si es verdad que me quiere, no puede dar lugar a que el mundo sospeche, o dé por hecho lo que jamás ha de existir entre nosotros.

ENR. ¿Jamás?

ISABEL Jamás...

ENR. Luego... ¿Dijo usted verdad al negarme su amor? (La mira con insistencia. Isabel pretende aguantar la mirada, pero acaba por bajar la vista al suelo, presa de gran confusión.) ¿Decididamente no fué el misterio del pasado la causa de su negativa?... ¿Existe realmente, para mí, en su corazon, esa indiferencia que yo me empeñé en creer estúpidamente que no existía? ¡Conteste!

ISABEL (Sin atreverse a negar.) ¡Enrique!

ENR. Piense que no he de consentir esta separación, sin la evidencia de que he estado solo en todo momento, de que nada, ni aun la compasión pudo acercarla a mí... ¡Hable, por favor!... ¡Por última vez!... la verdad.

ISABEL No insista, Enrique; se lo suplico.

ENR. Suplicar no es negar.

ISABEL ¡Enrique, por Dios!

ENR. Luego... ¿me quiere?

ISABEL No... no puedo. Es imposible. Comprendo que hice mal al escucharle; yo no debí ponerme en el caso de renunciar a mi conciencia.

ENR. ¿Acaso alguna razón puede esclavizar el sentimiento?

ISABEL Mi dignidad de mujer.

ENR. ¿Su dignidad?... ¿Esa dignidad escarnecida por una fiera, que se acogió a las leyes de los hombres?... Triste dignidad la de una mujer sin amparo, menospreciada por una sociedad sin entrañas... No, Isabel... ¡mientras yo aliente no será! ¡Basta ya de humillaciones!... Piense que sólo la pasión verdad es legítima y es santa.

ISABEL Lo mismo pensaba yo al unirme a mi marido; (Gesto de ira en Enrique.) lo mismo pensaron luego otros al pretenderme, y, sin embargo...

ENR. ¡Oh, calla! (Vase al foro y oprime nerviosamente el pulsador del timbre.)

ISABEL ¡Quién puede asegurarnos que, andando el tiempo, no tuviéramos también que reconocer nuestro error!

ENR. (Severamente.) ¡Isabel! (Ella baja al suelo los ojos tímidamente. Acercándose Enrique y cogiéndole ambas manos, la mira lleno de angustia exaltándose por momentos hasta el final de la escena.) ¿Por qué me

hablas así? Dime, ¿por qué te empeñas en engañarte, si me han dicho tus ojos que me querías?... Yo no he soñado, no... Me lo han dicho, ¿sabes? ¡Me lo han dicho!

ISABEL (Suplicante.) Déjeme seguir sola mi calvario, quiero seguirlo sola, con mi virtud; con eso, que fué lo único que me presentó a sus ojos como merecedora de su nombre y de su corazón. (Hace intención de arrodillarse ante él, pero Enrique, cogiéndola por los hombros, la pone en pie y mira unos instantes fijamente en los ojos.)

ENR. Es inútil buscar pretextos que no convencen a nuestros corazones. Las almas tienen su ley. ¿Comprendes? Esa ley que no crearon los hombres, porque nació con la vida misma... (Fuera de sí.) ¿Separarme de ti?... ¡Eso nunca!... ¡lo oyes! ¡¡Nunca!! ¡¡no quiero!! (El CRIADO ha entrado momentos antes, deteniéndose junto al foro. Enrique separa a Isabel al reparar en el Criado; pasa la mano por la frente, mira a Isabel, y con resolución:) ¡Pronto!... ¡Mi equipaje!... ¡Ahora mismo! (El Criado hace mutis por derecha.)

ISABEL (Suplicante.) No.

ENR. Saldrás de esta casa de mi brazo... erguida la frente y ante el respeto de todos, que también fuera de la ley existen derechos, y hay justicia. (Isabel intenta cortarle el paso.)

ISABEL ¡Enrique!

ENR. (Separándola.) ¡Déjame! ¡Vas a verlo! (Haciendo mutis por lateral derecha.) ¡Madre! (Se oyen los cascabeles de la galera que se acerca, oyéndose nuevamente la voz de Enrique, como un rumor, entre cajas.) ¡Madre!

(Isabel da unos pasos, vacilante, resbalando las manos por su rostro, como si despertase de una pesadilla. Al percibir el ruido de los cascabeles corre a mirar por las cristaleras del foro. Entra LUCIA por izquierda, llevando en sus manos el impermeable, el sombrero, la gasa y el saco de mano de Isabel.)

LUCÍA ¡Señorita! (Isabel viene a su encuentro muy agitada.)

ISABEL Gracias, Lucía.

LUCÍA ¡Si la señorita quiere repasar la habitación! (Isabel coge de manos de Lucía las prendas que ésta trajo.)

ISABEL No, no hace falta... ¡Pronto!... Adiós.

(Isabel se dirige al foro. Lucía la ve partir, presa de profunda emoción. Al ir a hacer mutis Isabel, aparecen por el foro GUILLERMO, y detrás, PADRE ANSELMO.)

GUILL. ¿A dónde vas?

(Isabel retrocede unos pasos presa de estupor. Entra Padre Anselmo, y dirigiéndose a Lucía:)

P. ANS. Sal de aquí, Lucía.

(Breve pausa, durante la cual hará mutis Lucía por el foro.)

P. ANS. Guillermo desea tener una explicación con usted... Yo le ruego... más aún... le suplico que le escuche.

ISABEL No, Padre. Nada tengo que escuchar de sus labios.

GUILL. Te equivocas, Isabel. Tienes que oirme.

P. ANS. Sea usted razonable.

ISABEL No... no puedo. Urge que salga de esta casa cuanto antes. Yo les suplico, por lo que más quieran, que me dejen salir. (Guillermo retrocede, interceptando la puerta.)

GUILL. No será sin antes escucharme.

P. ANS. Prudencia, Guillermo.

GUILL. Déjeme solo con ella, Padre; respondo de mí.

(Padre Anselmo vacila, y encogiéndose de hombros, vase por izquierda. Isabel mira con angustia a la derecha, como temerosa de la presencia de Enrique, luego ataca el diálogo resueltamente.)

ISABEL ¿Qué pretendes? Habla. Acaba pronto.

GUILL. Te brindé paz hace unas horas, y vengo a insistir de nuevo.

ISABEL ¿Para qué?

GUILL. Para que, hablando con sinceridad y cara a cara, fijemos definitivamente nuestra situación. He sabido que te marchas. Yo adelanto mi viaje también, y tú vendrás conmigo.

ISABEL ¿Contigo?... ¡Nunca!

GUILL. (Irónico.) Entonces... ¿Con quién? (Isabel vacila por efecto de lo inesperado de la pregunta, y bajo la impresión de su anterior escena con Enrique, se azora.) ¿Te sorprende mi pregunta, verdad? (Irónico.) Comprendo, por tu actitud, que no ha faltado quien se brinde a acompañarte.

ISABEL (Con indignación.) ¡Oh, calla!

GUILL. Eso quisiera. No tener motivos para sospecharlo.

ISABEL ¡Basta! Que nada te abona para ofenderme así... Yo saldré de esta casa sola, completamente sola; sin más amparo que el de Dios, y sin más compañía que mi sacrificio.

GUILL. (Molesto.) No es este momento oportuno para hacer frases y entablar discusiones, Isabel.

ISABEL Tienes razón. Tú traes el alma llena de ironías y yo la llevo llena de amarguras; mal podemos entendernos. Sigamos como hasta ahora, independientemente, nuestro camino.

GUILL. Independientemente, no. Transige y olvida. Ya lo ves, yo te perdono.

ISABEL (Con indignación.) ¿Que me perdonas... qué? ¿Qué es lo que tienes tú que perdonarme?... ¡Habla! Atrévete... ¿De qué soy culpable, di?

GUILL. (Con impaciencia.) ¡Isabel!

ISABEL Te falta valor para decirlo... ¿verdad?... ¿Sospechas que quiero a otro hombre, y, sin embargo, no vacilas en exigir que me una nuevamente a ti?... No es el remordimiento, ni es el amor, ni siquiera la piedad lo que te acercan a mí; es el bien decir de los de esta casa... el deseo de dejar en buen lugar tu situación delante de los que te apoyan...

GUILL. Es un derecho que me asiste y al cual no he de renunciar.

ISABEL ¡Nunca!... Entiéndelo bien... ¡Nunca! A mi virtud he sacrificado un cariño leal, inmenso; el que supo inspirarme un hombre que tuvo para mí todas las delicadezas y ternuras que tú me negaste... Fiera tenía que ser para no quererle. ¿Crees, por ventura, posible que vuelva a tus brazos con el corazón lleno de otro?... Eso lo harías tú... yo no... yo no sé engañar... soy más honrada... ¿me entiendes? ¡más honrada!

GUILL. (Con coraje.) Luego, le quieres, ¿verdad?

ISABEL Con toda mi alma.

GUILL. ¡Y te atreves a decirlo! Ya no sé si te odio o si te quiero, pero suya no lo serás, porque me basto y me sobro para hacerte cumplir con tu deber.

ISABEL ¡Qué sarcasmo! ¡Tú! Hablando del deber... Nada tienes que enseñarme. Despreciándote como te desprecio, y amando a otro, salgo de esta casa sin mancha, con mi dignidad, con eso que me niega tu ironía, porque del deber no tenéis idea los que como tú perdieron la conciencia.

GUILL. (Resuelto.) Pues no saldrás de aquí si no es conmigo.

ISABEL (Yendo al foro.) Déjame, Guillermo... Quier marcharme.

GUILL. Es inútil. (Cerrándole el paso.)

ISABEL Déjame.

GUILL. ¡No saldrás! (Ella pugna por salir. Guillermo la sujeta por los brazos.)

ISABEL ¡Guillermo!

(Sale ENRIQUE por derecha, y al ver a Isabel sujetada por Guillermo, lanza un rugido, y arrebatándosela, la trae entre sus brazos al proscenio y a la derecha. Detrás, la MARQUESA.)

ENR. ¡Miserable! (A partir de este momsnto, Enrique, en su mirada, en sus voces y ademanes revelará los síntomas de la enajenación mental, que se apodera de él. Sin dejar de apretar contra sí el cuerpo de Isabel, va murmurando sordamente:) ¡No!... ¡No!... ¡No!...

GUILL. Véalo usted, señora.

(A las voces, acude PADRE ANSELMO por izquierda.)

MARQ. Suelta a esa mujer, Enrique, que no te pertenece.

ENR. (En un rugido.) ¡¡No!! (Un sordo ronquido, que acompaña a su respiración fatigosa, se escapa por sus labios.)

P. ANS. Respete sus derechos.

ENR. ¡Nunca!... ¡nunca!... ¡No quiero!... ¡¡¡No quiero!!!

GUILL. ¡Ah, loco imbécil! Yo sabré arrancarla de tus brazos.

(Guillermo hace intención de ir hacia a él, pero la Marquesa se interpone y el Padre Anselmo le detiene. Enrique, en un rapto de locura y temeroso de que le arrebaten a Isabel, la zarandea brutalmente, estrujándola entre sus brazos. Isabel lanza un débil gemido, y crispando sus manos, dejará caer atrás la cabeza. La Marquesa al darse cuenta y presa de terror.)

MARQ. ¡¡Enrique!!

ENR. (Con grande fatiga y cortando las palabras.) ¿La veis?... ¡Mía!... ¡Es mía!... (Mostrándoles el cuerpo de Isabel.) No se va... No se va porque me quiere. (Cae al suelo desplomado el cuerpo de Isabel. Enrique detiene con el gesto a los presentes.) ¡Quietos!... ¡Psch!. (Sordamente y arrodillándose lentamente junto a ella.)

MARQ. ¡Muerta! (Retrocediendo con horror y cubriendo con las manos su rostro.)

ENR. Duerme... (Levantando entre sus manos la cabeza del cadáver y acariciándola, extraviados los ojos y presa de grande fatiga.) ¡Mi Isabel! (Telón rápido.)

FIN DE LA OBRA

Obras de Mariano Golobardas

Lo inevitable, comedia en tres actos, estrenada por la Compañía Espantaleón, en el Teatro de Verano de Melilla, el 18 de marzo de 1911.

De telón adentro, boceto de comedia en un acto, estrenado en el mismo teatro y por la misma Compañía, el 8 de abril de 1911.

¡Anda la osa! humorada en un acto y tres cuadros, estrenada por la Compañía Velasco en el Teatro Reina Victoria de Melilla, el 30 de julio de 1911. (1)

Los organilleros, zarzuela en un acto y tres cuadros, estrenada por la Compañía Guardón en el mismo teatro, el 22 de septiembre de 1912. (2)

Los moscones, comedia en dos actos, estrenada por la Compañía de Francisco A. de Villagómez, en el Teatro Eldorado de Barcelona, el 14 de diciembre de 1912.

El éxito, comedia en un acto, estrenada por la Compañía de Rosario Pino, en el Teatro Principal de Palma de Mallorca, el 23 de noviembre de 1913.

Almas ciegas, comedia dramática en tres actos, estrenada por la Compañía Plana-Llano, en el Teatro Romea de Barcelona, el 25 de febrero de 1916.

Cubriendo las apariencias, paso de comedia en un acto, estrenado por la Compañía de José Portes, en el Teatro Eldorado de Barcelona, el 14 de noviembre de 1916.

Palabra de rey, opereta en un acto y tres cuadroos, estrenada por Amparo Romo, en el Teatro Tívoli de Barcelona, el 18 de septiembre de 1917. (3)

La comedia del honor, drama íntimo en tres actos, estrenado por la Compañía de Francisco Morano, en el Teatro Principal de Cádiz, el 18 de septiembre de 1917 y en el Teatro del Centro de Madrid el 25 de febrero de 1919. (4)

El derecho del mal, drama en tres actos, estrenado por la Compañía de Matilde Moreno, en el Teatro Parisiana de Zaragoza, el 20 de febrero de 1920.

LIBROS

Al margen de la vida, coleccion de trabajos en verso. (Año 1914.)

Lejos del camino, novela. (Próxima a publicarse.)

---

(1) Música del maestro Gimeno.

(2) Idem de los maestros Guardón y De Julián. Libro en colaboración con D. R. Fernández de Castro.

(3) Música del maestro Clifton Worsley.

(4) En colaboración con Alejandro P. Maristany.

3 0112 117461795

Precio: DOS pesetas.